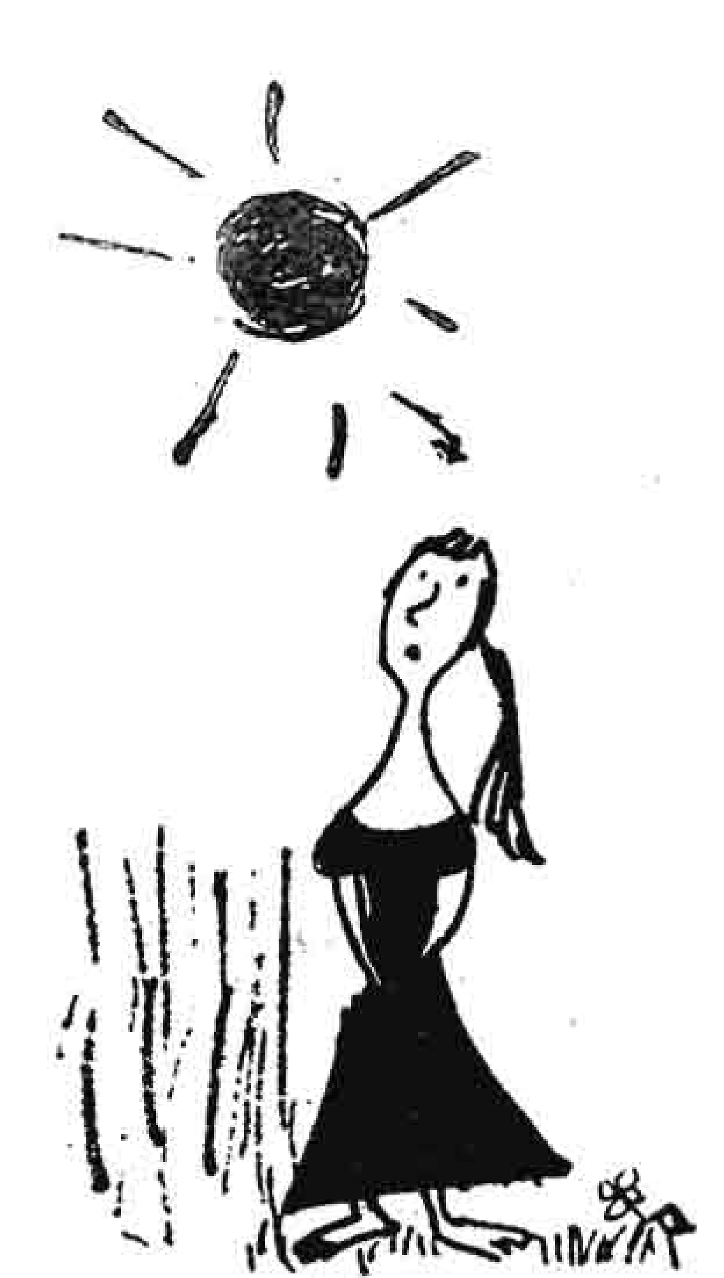
Inédito:

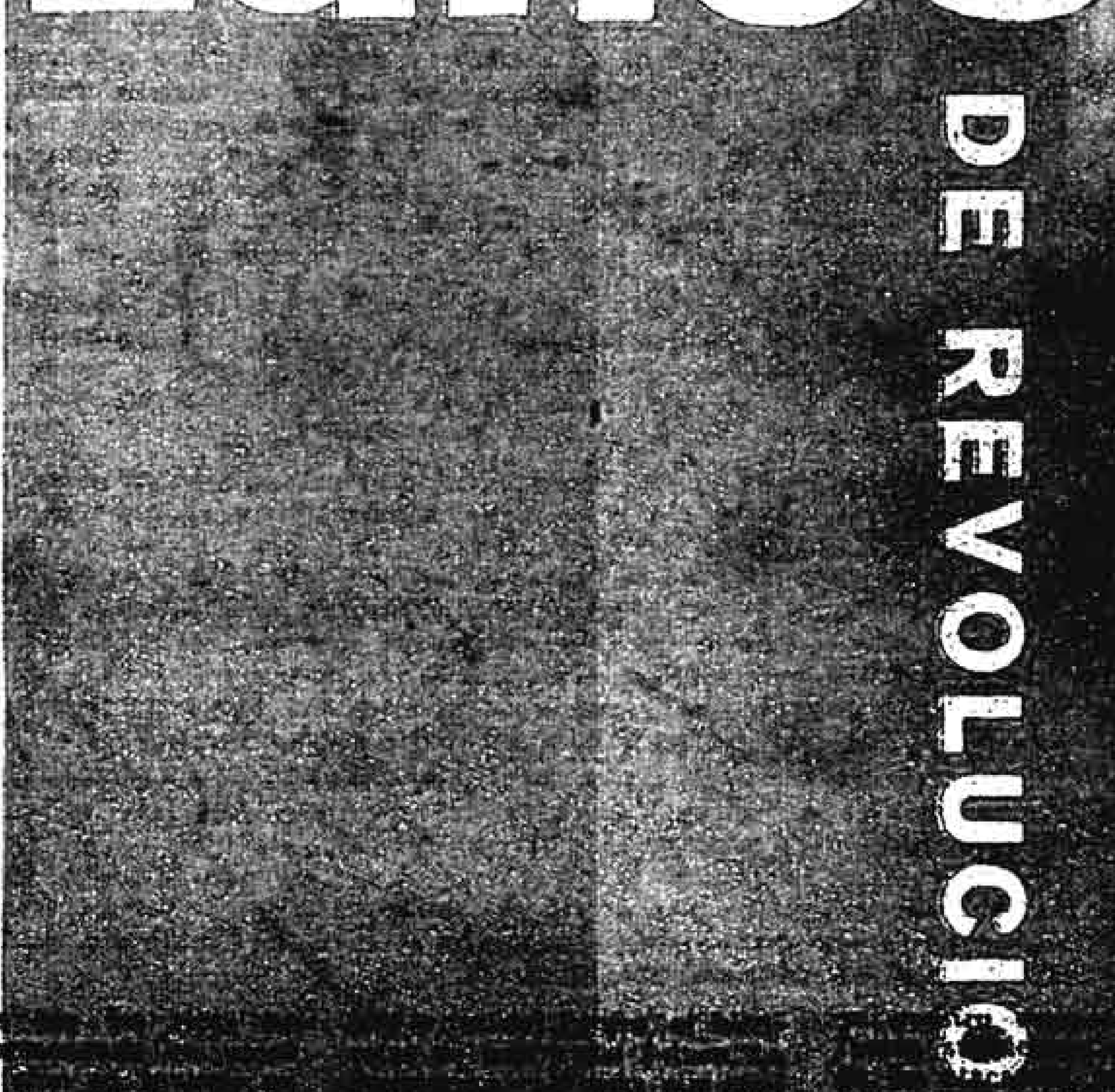
PRIMER ACTO DEL DRAMA

AIRE FRIO

Por Virgilio Piñera



Aquí empieza una danza a la primavera. El último paso en la página última.



JULES FEIFFER

MARZO 30 DE 1959

IMPERIALISMO E INDUSTRIA EN AMERICA LATINA

Por Henri Raymond

Segunda de LOS ÑAÑIGOS: El Indisime Bebe la Mokuba que lo Consagra Abakuá

Por Lydia Cabrera

los trabajadores, así como mientras los dirigentes obreros del 26 de Julio luchaban en la Sierra, en las poblaciones, bateyes, colonias y ciudades del país, ese mismo grupo reducido, que hoy se oponen a toda demanda justa colaboraba con Batista.

En cuanto a la reclamación de los salarios dijo que estaban pidiendo de acuerdo con las leyes que regían para la zafra de 1952; El pago del seis por ciento, diferencial, reposición de todos los trabajadores desplazados en los 7 años de tiranía, por el terror y la violencia; pago íntegro de la superproducción; pago del 40 por ciento en las cañas mal asistidas, y los cuatro turnos que daría trabajo ... vendr... cento ... cuale... econo... Exp... tiva ... gunos propósito deliberado de crearle problemas a la Revolución, y que estos centrales afectados por dichos problemas no pasan de ocho o diez, y que antes de finalizar la zafra estarían moliendo 150 ingenios, con lo que se podrá demostrar que esa aptitud de los centrales no afectará a la Revolución como pretenden sus operadores, y que son los mismos que colaboraron con Batista.

Terminó diciendo David Salvador que la clase trabajadora en pleno apoya y respalda a la Revolución y al Gobierno del doctor Urrutia, así como para demostrar que no existía anti- ... cesita para la buena marcha de la economía y del país.

Reitero que la clase trabajadora si en el período de la guerra ayudó a la Revolución, con todo lo que fue necesario, hoy seguía ayudando y respaldando a los hombres que están frente a los destinos de la nación o del Gobierno. Y que eso era suficiente para echar abajo los malsanos propósitos de los que juegan a la contrarrevolución.

HABLA EL MINISTRO DE TRABAJO

Expresó el ministro del Trabajo. CP Manuel Fernández ...

la primera impresión que recibí al llegar aquí. Hacía muchos años, más de siete ... que no se reunía en Cuba ... Asamblea Plenaria de ... azucareros enteramente ... Porque hace mucho rato en siete años si no más de siete años que el obrero cubano estaba siendo víctima de todos los abusos y de todas las privaciones de derecho, y en este salón hace mucho tiempo, quizás en este salón todavía no se había reunido una asamblea de la importancia de ésta, y fue idea nuestra reunir a los trabajadores azucareros a raíz de mi viaje a Oriente porque comprendí que hacía falta un poco más de coordinación y orientación, un poco más de inteligen- ... del país dentro de la clase obrera para ponernos ... sobre la línea a se...

HAY QUE CON... REVOLUCION ... TRIUNF...

Tal vez me hic... de que no habría ... cesario mi parti... estos problemas ... hice la idea de que habían cuestiones por que para todos nosotros eran absolutamente claras.

Al venir aquí lo hago con la honradez y la sinceridad con que siempre le he hablado al pueblo preocupado de una sola cosa: el encontrar ... muchas veces me ha tocado discrepar pero lo que no haré nunca es pararme delante de un grupo de cubanos a engañar a nadie. Puedo equivocarme. Todos los hombres estamos expuestos a equivocarnos. Con más razón puedo equivocarme puesto que muchas veces he tenido que tratar tan variados y distintos temas, la tarea me ha obligado a opinar sobre tan distintas cuestiones, pero lo que no haré nunca es decir algo distinto de lo que pienso por ninguna razón.

Me siento con moral para ha- ...

país. ¿Cómo es posible que no hayan hecho absolutamente nada, si solamente en una ins- ... juego por el propio Estado.

Cuando se piensa lo que en todos los órdenes se hubiera podido hacer, no nos queda otro consuelo, que maldecir del pasado que nos ha traído tanta infelicidad y desorden a este pueblo. Porque aquí nada ha querido ser ordenado, nada se ha querido resolver para el futuro, porque aquí cada cual no se ha preocupado nada mas que de sus intereses personales, de acumular millones y favorecer a sus amigos y camarillas.

... zar la política en el pasado para no incurrir en los mismos errores. Porque la dictadura de Batista no fue la causa sino la consecuencia de lo anterior, porque muchas cosas han conspirado contra la patria y esto no es más que el resumen ...

el respeto a los derechos del pueblo ... los dere... Por fi... pueden ... pensami... la segu... en cinc... fuerza pública, ... hombres, los ciudadanos que tienen las armas en la mano, no la usarán contra ellos, tienen la seguridad y se sienten garantizados por los hombres que hoy tienen en sus manos los fusiles y las armas que an- ...

verdad ... se han ... industrias ... andes ... potecas, ... rsiones ... ltado ... la deman... res, frente ... los emple... arruina la industria.

RESPONSABLES DE LA DESESPERACION

Dentro del sistema de libre empresa en que se ha desarrollado la economía del país los resp... arro... los ... tin ... capital, y los responsables de la desesperación no son los ... se obtenía el respaldo necesa- ...

las manifestaciones del 1 de mayo y se reunían ac... te salón para canta... zas a los incondicio... régimen. Los trabajadores comenzaron a hacer víctimas de todo tipo de agresiones y se les imponía las dirigencias sindicales, se le impuso la cuota ... para la inmensa mayoría del pueblo. Pero dentro de tragedia y desgracia, parte la llevó el obrer... Otra verdad es ésta, y es que la Revolución en el orden económico todavía no le ha ...

... que nuestros hijos sean tan desgraciados como nosotros. No queremos que dentro de diez años veamos a nuestros hijos tan desesperados como ustedes.

Hace veinte años que esta- ... cuando justicia y que hace veinte años cuando se logró una demanda y un objetivo se pensó ... crificio ...

ceguera pensar en el presente con la misma ceguera de ayer. ... despreocupación por el futuro absorbido completamente por las cosas menudas del presente.

La parte más cómoda sería ... La Revolución tiene enemi- ... y hacer contactos con elementos que desean que fracase la ... zafra no pienso en los hacendados, pienso en la nación, en ...

... embar... cisamente ... que ellas ... ble inter... la Can... ... de esas ... han de las ... mes de septiembre las ventajas serán nuestras y entonces no podrán negarse a lo que nosotros quedamos en pedir.

APLAZAR PARA CUANDO TENGAMOS LAS VENTAJAS

... no quiero decir que ... ionen las demandas, ... ndas hay que sostener ... seis por ciento, las reposiciones, las plazas amortizadas, etc., lo que hay es que aplazar las demandas para cuando nosotros tengamos las ventajas.

Hay intereses que se creen más poderosos que el interés de un pueblo entero. Hay que decirles que la Revolución sabe lo que está haciendo y que llegará tan lejos como sea necesario y que llegará no cuando ellos crean, sino cuando nosotros creamos que debemos ... dos los males del campesino se resolverán con una ... fundamental. Esta ... fundamental es la Reforma Agraria. La Reforma Agraria es esencial para elevar el standard de vida del campesinado, para elevar su poder adquisitivo y darle entrada a la fase industrial.

El Gobierno Revolucionario hará leyes revolucionarias, porque si el Gobierno no hace leyes revolucionarias, no es un ... ionario ... tamos prepa... enir los cen... por que to... Estado no lo ... ministrar de... Municipio ni ... las cajas de ... Si decimos cuatro turnos en los centrales ... no, tendremos ... eso no puede ... Gobierno Re... ... graria es esco... solo caso en ... señor Aguilera, socio de Batista se repartieron 180 caballerías y allí van a encontrar sustento 300 familias campesinas en forma de cooperativa de producción agrícola. Se le entregó la tierra y la maquinaria y obreros que tenían un ingreso no mayor de ...

UNA POSICION

VEINTE AÑOS DE FRANCO

El 28 de marzo de 1939, los «cruzados» del Movimiento Nacional —moros, italianos fascistas, y neo-paganos nazis, sin excluir a los campeones cristianos de Badajoz, Bilbao, Palma de Mallorca, etc., —entraron en Madrid, entregada por la traición estúpida del coronel Casado.

Tres años antes, en febrero de 1936, el Frente Popular había ganado las elecciones generales convocadas por un gobierno hostil a las fuerzas de izquierda. Sería falso decir que los preparativos de la insurrección militar, que estalló pocos meses después, comenzaron al día siguiente de la victoria de las izquierdas. En realidad, la derecha española fué siempre subversiva bajo la República. El «ensayo» parlamentario de Angel Herrera -perdón, de Gil Robles— tuvo su contrapartida en los pactos secretos de los dirigentes militares, monárquicos y falangistas, con Mussolini (marzo de 1934), e Hitler (a principios de 1936).

Cuando por fin ocurrió el pronunciamiento —18 de julio del 36—, los primeros aviones italianos Fiat habían despegado ya rumbo a Melilla. Aunque la intervención extranjera se ejerció desde el principio, la guerra española presenta dos etapas claramente distintas: primero, el pueblo, llamado a combatir por las organizaciones políticas de izquierda y por los sindicatos, y armado por el gobierno, detiene el pronunciamiento en la mayor parte del país, en unas cuantas jornadas de exaltación, de venganza y de fraternidad, durante las cuales, como dice un personaje de «La Esperanza» de Malraux, los hombres vivieron «según su corazón». Pero inmediatamente después, el «pronunciamiento» clásico se transforma en campaña científica, altamente tecnificada. Los aviones, la artillería pesada, los tanques y las ametralladoras empezaron a llegar, en abundancia, de Alemania, e Italia al territorio rebelde. El pueblo en armas, sin una adecuada y efectiva organización militar, no podía resistir esta agresión así modernizada. Entonces, casi de la nada, en medio del desorden, del abandono de las democracias occidentales, inicia doras de la no-intervención —léase, manos libres a la intervención nazi-fascista—, el gobierno de la República organizó un nuevo Ejército. El esfuerzo de las organizaciones democráticas españolas y la cooperación del antifacismo mundial, contribuyeron decisivamente a integrar un ejército disciplinado y al mismo tiempo revolucionario.

Si la inteligencia y la creación artística pueden probar algo, en el caso de España aportan un tremendo testimonio contra Franco. La lucha espléndida, increíble, del pueblo español, suscitó una verdadera eclosión espiritual: «Guernica», «La Esperanza» de Malraux, los poemas de Neruda, Vallejo, Miguel Hernández, Antonio Machado, Aragón, Spender, los testimonios de Bernanos, de Orwell, de Arthur Koestler.

Del otro lado la derecha española demostró —desde el principio— su terca, cerril decisión de aniquilar lo que empezaba a ser un resurgimiento nacional. La muerte de Lorca, terriblemente simbólica en tantos sentidos, fué la expresión espontánea, casi diríamos natural, de ese estado de ánimo de los «cruzados». De algún modo —de un modo muy preciso— Federico, como Miguel Hernández, como Machado y otros muchos representaba esa «esperanza» por la que el pueblo empujo un ariete contra las ametralladoras del Cuartel de la Montaña. El infame cretino —admirador de Benavente— que ordenó matar a Lorca sabía, no por oscura menos certeramente, qué era lo que se trataba de anular en la persona de quien escribió los versos de «Grito hacia Roma».

Durante veinte años, la temerosa visión de Vallejo, se ha ido cumpliendo. España cayó, y sus niños, a los que se dirigía Vallejo, han tenido que «bajar las gradas del alfabeto hasta la letra en que nació la pena». El movimiento obrero, sistemáticamente destrozado y corrompido, el latifundio protegido, las huelgas aplastadas A. M. D. G., todo vestigio de libertad perseguido y apagado con encarnizamiento. Pemán, Foxá, Panero, Julián Marías y unos cuantos vejetes, usurpando el vacío de Unamuno, de Lorca, de Ortega, de Valle Inclán, de Antonio Machado.

Pero, en el silencio, se ha ido destacando un nuevo impulso, sin forma definida aún, pero cuya fuerza ya podemos adivinar. Obras como las películas de Bardem, nos traen noticias de lo que está pasando bajo el silencio forzado y la frivolidad superficial de la vida española actual. En el orden político los indicios son aún más prometedores. Parece reconstruirse la unidad revolucionaria que hizo posible, veinte años atrás, la resistencia organizada del pueblo de España contra las fuerzas combinadas de la reacción mundial.

Desanimada, desconcertada durante años, convertida en pesadumbre, la esperanza española resurge, cautelosa, pero firmemente.



Y desde campanarios el pueblo luchó por la República...

LIBROS

Hijo de la Guerra

«Child of our Time» es un recuento de la infancia y adolescencia de su autor, Michel del Castillo, ligeramente disfrazado en la novela (el autor se llama a sí mismo Tanguy en el libro). Esta información, en conjunción con las pretensiones del título, suena mal y puede preparar al lector para uno de esos ejercicios tan familiares de introspección en los cuales el autor se queja de que la vida es muy dura y de que sus padres no lo quisieron lo suficiente. Del Castillo tiene causa legítima para quejarse, pero su libro no es de este tipo. El libro, por el contrario, uno de esos raros libros que son genuinamente valientes y nobles. Atraviesa toda pretensión; atraviesa sin esfuerzo y con terrible inocencia, a todas esas esferas de experiencia que están más allá de la estética y que pueden reclamar ser llamadas parte del conocimiento de la realidad.

Se ha dicho que Michel del Castillo comienza donde Ana Frank terminó pero esto no es preciso. Del Castillo nació en agosto de 1933 y, un refugiado huyendo del levantamiento nacionalista en España, fue metido en su primer campo de concentración, en Francia, a la edad de 7 años, antes de que perdiese la simplicidad e ingenuidad del niño. Fue una experiencia aplastante el entrar en el mundo de los campos de concentración pero, al mismo tiempo, también fue para él una cuestión de esperar que era lo próximo que ocurría. Ana Frank tenía más edad y era más madura. Ella ya había entrado en el mundo de los conceptos que es el hogar de la falsificación estética de la realidad. Ya existía en su mente una vida ideal en la cual la gente no tenía que esconderse, no tenía que vivir en miedo a un mal inmanente y misterioso. Ella concebía este ideal como lo normal y concebía la realidad con que se enfrentaba como algo fuera de la normalidad. Como todos aquellos que se escondían con ella, se vió envuelta en algo improbable, casi irreal, que pertenecía al mundo de lo conceptual. Del Castillo nunca experimentó la experiencia de felicidad y decencia con que este mundo ideal puede ser construido. El terrible, meramente sugerido, final de la niña en su diario es el toque en la puerta que significa el descubrimiento y el final de la esperanza —el grupo escondido sale a la calle para conseguir el pan diario, bajo el cielo familiar, para encontrarse con la realización de sus peores miedos y los hechos de la existencia.

Del Castillo no puede continuar la historia desde ese punto porque él nunca estuvo situado del lado de la puerta donde la esperanza era posible. Refugiado, a causa de las afiliaciones políticas de su madre, cuando tenía 5 años, había aprendido ya a los 7 que su padre, perteneciente a la Derecha, había denunciado a su madre como Izquierdista y esto le había metido en su primer campo de concentración: lugar preparado por el gobierno de Vichy para encerrar a políticos, indeseables y gente como prostitutas extranjeras.

El y su madre fueron temporalmente puestos en libertad de este primer campo y ella lo abandonó para facilitar su propia huída hacia Méjico, a través de España. Antes que él pudiera seguirla, fue arrestado en el sur de Francia y embarcado hacia París. Mientras esperaba su traslado a Alemania, bajo el inmenso techo del Vélodrome d-Hiver, junto con unos 2,000 deportados, fue agregado a un contingente de 50 niños judíos menores de 14 años que también viajaban, como él, solos y sin amigos, hacia los campos de exterminio. Trabó amistad con uno de estos niños perdidos: el niño tenía 7 años. Su amigo enfermó en el vagón que los llevaba a Alemania y, después de 60 horas de ayuno, cuando les dieron comida, el niño judío estaba demasiado débil para tomar su lugar en la cola de la comida. Del Castillo decidió obtener la comida por él y así aprendió su primera lección acerca de la conducta a seguir en los campos de concentración: Fue derribado a golpes por un S. S. por tratar de obtener dos botes de sopa. No se le dió nada de comer ni a él ni a su amigo. El niño de 7 años murió y su cadáver fue tirado del vagón durante el viaje de 9 días hasta el campo de concentración donde Del Castillo pasaría el resto de su infancia.

Aquí comenzó otra fase de la ordalía de Del Castillo. El ya no esperaba que pasara lo peor, porque lo peor ya había pasado. Estaba dentro de una máquina diseñada para romper el espíritu de los hombres y matarlos una vez que este espíritu hubiera sido roto. No tuvo privilegios como niño. De hecho, una de sus primeras y más feas realizaciones fue la de ser tratado como un hombre. Trabajó las largas horas de trabajo forzado, estuvo parado en las interminables y fatigosas paradas, respiró las exhalaciones de excremento, sudor y muerte que constituían la atmósfera del campo y, a pesar de todo, sobrevivió. Dos o tres hombres morían todas las noches en su barraca, consumidos por el hambre, la fatiga y la desesperación. Frecuentemente, guardias S. S. se llevaban a otros a las cámaras de gas.

Frente a todo esto, Del Castillo aprendió a creer en la bondad y en la decencia, aprendió a amar la vida y a esperar algo de los hombres. El prisionero alemán que le enseñó este deseo de vivir y que lo protegió hasta que fue lo suficientemente fuerte para bastarse a sí mismo, fue uno de los que fueron arrastrados una noche por los S.S. Mientras los guardias, parados en la puerta, esperaban por él, el alemán dijo adiós a su amigo y le dió su frazada y un pequeño medallón con su cadena, como último acto bondadoso. Después que la puerta fue cerrada y que los verdugos y su víctima se habían marchado, otro prisionero robó al niño, de la miserable herencia.

Nuevamente estaba solo, pero el regalo invisible que el alemán le había hecho, regalo de amor y afecto, lo sostuvo a través de los últimos días horribles que precedieron su liberación: días de masacres e inanición.

Como el sobreviviente más joven del campo, tomó parte en los servicios que se efectuaron en memoria de los que murieron y colocó una corona en el lugar donde había estado la cámara de gas, que había sido destrozada por los prisioneros en las primeras horas de libertad.

Sin embargo, todo esto no era más que el preludio de su prueba como hombre. Una vez que los de la asistencia social que ayudaban a los prisioneros libertados, lo ayudaron a llegar a Barcelona, donde él creía que su abuela vivía y cuando descubrió que su abuela había muerto, no tuvo más remedio que acudir a la policía española. Estos metieron al muchacho de doce años en una institución monástica que combinaba las funciones orfanato y reformatorio. Así describe Del Castillo su recepción en este lugar de abrigo:

—¿Y tu dirección antes de eso?
—Un campo de concentración en Alemania.
El hermano alzó sus ojos opacos y miró a Tanguy, que inmediatamente sintió su hostilidad y trató de encontrar una causa para ello.
—¿Eres tú judío?
—No.
—¿Comunista?
Tanguy sintió fuertes deseos de sonreír ante esta pregunta, pero se limitó a decir no otra vez.
—¿Entonces, por qué te internaron?
—Se estaba peleando en la guerra, dijo Tanguy, disgustado. No podía pensar una respuesta mejor. Todas estas preguntas lo impacientaban y comenzó a preguntarse que era lo que implicaban.
—Ya no estás en Francia, dijo el hombre del hábito. Su voz era dura y aburrida. A los de tu clase, a esta escoria, les damos un poco de disciplina aquí. Guardarás las reglas si sabes lo que te conviene. Si no...

Las reglas eran del tipo S. S. que ya le eran tan familiares, diseñadas para que fuese imposible no romperlas y para dar oportunidad a toda clase de castigos que eran crueles y degradantes. Los niños, mal alimentados y forzados a realizar trabajos, eran golpeados salvajemente cuando mostraban alguna señal de rebeldía o individualidad. Solamente la ausencia del miedo constante a la muerte distinguía este lugar de los campos alemanes. Pero para compensar esta ventaja, existía la opresión de un brutal y brutalizador homosexualismo. El niño pronto se dió cuenta de que su juventud no era más que una condena que tenía que cumplir y de que seguiría siendo un prisionero hasta ser libertado como un adulto corrompido y moralmente destrozado. El crimen del cual era convicto consistía en haber sido abandonado por sus padres.

Al fin, Del Castillo logró escaparse con la ayuda de un parricida que había matado a su padre por beberse demasiado del dinero que él había obtenido como prostituta masculina. Los capítulos que siguen a esta fuga son de extraordinario interés como recuento de un crecimiento moral y muestran convincentemente de que estaba preparado para soportar la última aplastante experiencia de su horrible juventud: el encuentro con sus padres.

Su padre trató de probar, con documentos, que todas las desgracias de su hijo eran culpa de la madre. Trató de explicar su falla a responder las llamadas de socorro de su hijo desde España, diciendo que tenía miedo a que su hijo se hubiera rebajado y se hubiera convertido en un trabajador. Su madre era una extraña para él cuando reapareció en 1955 y trató de persuadirlo de que debía odiar a su padre, como culpable. No se detuvo ahí, sino que quería que él odiase la clase social a la que pertenecía su padre y a odiar a todo un ejército dividido en clases y categorías sociales y políticas, a quienes ella hacía responsable de todos los males del mundo moderno. Con pesar, él reconoció en esto el espíritu que lo había convertido a él de ser humano en categoría —un niño comunista— y que lo había puesto a él en campos de concentración y en el reformatorio.

El amor a la humanidad y a la vida que él aprendió en los más oscuros rincones del mundo, excluía el odio. Solamente podía tener lástima a aquellos cuya pobreza interior e inhabilidad para querer, les permitía rendirse a esta emoción falsa. El aprendió que el odio no era un sentimiento verdadero, sino la expresión del miedo a aquello a lo que se odia y que rendirse al miedo, es lo que causa la crueldad y la injusticia. Su madre, odiando a sus enemigos, había vaciado su corazón. En el vacío no quedaba nada ni para él ni para nadie.

ANTHONY WEST.

Lunes DE REVOLUCION



LA INDUSTRIA EXTERRITORIAL
Soldado extranjero o nacional guarda los intereses ajenos

Imperialismo e Industria en América Latina

Por HENRI RAYMOND

No queremos aquí hacer un tratado sobre la industria como un todo, pues no existe en Latinoamérica «una» industria, no por causa de la división de su territorio en pequeñas naciones, sino porque los países de la América Latina han recibido en los siglos 19 y 20 sistemas industriales, cuyas consecuencias han sido distintas.

Quisiéramos hoy barrer estos fantasmas, estas herencias industriales, legadas por un capitalismo triunfante y no ver sino las cúpulas plateadas de la petroquímica, oír el gorgoteo demosteniano de las concreteras... en fin, uno desea —y es el deseo en común de todo viajero— encontrarse con nuevas potencias industriales —tales como en Brasil, creciendo hasta ponerse a la par de las grandes.

No tan Nueva...

Asomémonos un poco más allá de la entrecha banda costera y miremos hacia el interior del Brasil. Allí veremos la complicada tela de araña que forman las vías férreas, legado del ingeniero y contratista europeos. Sobre vías estrechas, en su mayoría de tráfico en una sola dirección, circulan los increíbles trenes departamentales, tales como el Belem Para, de la Cía. Estrada de Ferro de Braganca. El 70 por ciento de estas locomotoras usan como combustible la leña y la organizacion del tráfico se hace por teléfono. El «block system» es casi desconocido, así como lo son también los frenos Westinhouse. 35,000 kilómetros de ferrocarril, de los cuales 9,000 no están pavimentados con gravilla, y 17,000 kilómetros donde faltan 3,800 traviesas.

Fijémonos un poco en esta «tela de araña» que se prende a algunos puntos de la costa, y veremos la primera etapa del desarrollo industrial latinoamericano —un desarrollo «traído» y en la mayoría de los casos dejado allí sin más—. Un desarrollo económico al que se han sobreimpuesto otros, sin llegar nunca a formar un todo con aquél. Esta es la razón— aparte de las diferencias que existen en cada país— y no queriendo considerar a la América Latina, sino desde un punto de vista histórico común y de sus relaciones, casi idénticas, con el extranjero —intentaremos definir, no un un sistema industrial, sino una formación socioeconómica de tipo industrial.

La Industria Exterritorial

En general la exterritorialidad se define sobre el plano de la soberanía del Estado. La industria exterritorial presenta dos aspectos, el de «coto» y lo que llamaremos el «sucursal». El segundo representa la etapa más avanzada de este tipo de industrialización, en el sentido que la actividad económica se produce en dos direcciones, o sea, la población «indígena» se emplea a la vez como productora y consumidora. Este tipo de industria se encuentra en el territorio del Amazonas. En la industria exterritorial, el funcionamiento económico se produce en una sola dirección, hacia afuera, y así podemos decir, que el hierro que se extrae de Cerro Bolívar, no desempeña papel económico alguno en la región de la desembocadura del Orinoco.

La única función económica que desempeña este tipo de industria es la distribución de salarios —aunque exceptuamos de esta categoría la industria del petróleo, donde la renta que pagan las grandes empresas extractoras, puede tener influencia considerable en la economía del país. Por el resto veremos que a medida que la industria exterritorial progresa técnica y económicamente, desempeña un papel y menos importante tanto en el plano económico como en el aspecto político-social.

Bolivia y los Reyes del Estaño

Un ejemplo típico de industria extraterritorial del viejo estilo es el altiplano boliviano y sus pueblos mineros, entre los más famosos, Potosí. Allí se explotan las minas peores equipadas del mundo, usando por único instrumento el pico y la dinamita. Mano de obra poco especializada, incluyendo mujeres y niños.

Las condiciones de trabajo son deplorables. La tuberculosis, los accidentes de trabajo, la alimentación deficiente, reducen la

esperanza de vida a 35 años. Maltrato. Los directores de las minas fueron expulsados de Bolivia, después de la nacionalización, debido a su actitud anterior con los obreros.

Con estas premisas es fácil entender que los salarios que se pagan son en general bajísimos (los mineros ganan de 50 centavos a un dólar por día de trabajo, de 8 a 10 horas diarias). Al equipo deficiente y a las condiciones de trabajo se añaden por consecuencia una producción baja y un costo de producción superior al del llevado mercado mundial. Los dueños de minas deben, por tanto, hacer caer el costo de producción sobre los salarios: poner todo el peso sobre la masa de los salarios, poner todo el peso por todos los medios: por una parte la coacción (el viejo Patiño era célebre por la disciplina «militar» que exigió en sus posesiones) que se ejerce en la misma empresa y por otra, la política general seguida por los gobiernos para garantizar a la patronal.

Descripciones análogas, por no decir estrictamente idénticas, podrían hacerse de las minas de cobre y nitrato de Chile. Si bien hoy todavía habría que admitir que las minas chilenas, en las cuales los beneficios son todavía relativamente estables, están haciendo ahora un esfuerzo de modernización.

Lo anteriormente expuesto basta para caracterizar la industria exterritorial de la vieja escuela, su implantación data del período entre 1890 y 1910, y el rol económico que juega sobre el plano de la producción industrial es nulo. La masa de salarios distribuídos y la influencia que ejercen sobre el nivel de vida de la economía nacional no puede ser ignorada. Una industria de este tipo permanece siempre socialmente cerca de la población en donde se implante.

Este tipo de industria exterritorial era la sola actividad importante en A. L. hasta la segunda guerra mundial, con pocas excepciones. Se trataba esencialmente de industrias de extracción, pero entre las descritas se debe incluir algunas industrias de transformación de materia prima, como lo era la industria de refinería del estaño en la Argentina.

La Industria Exterritorial: Nueva Escuela

Macapa, desembocadura del Amazonas, región de garimpeiros (recogedores de caucho natural), región también de yacimientos auríferos hipotéticos. En el transcurso de un viaje por la región del río Amaparí, un caboclo (mestizo de indio y negro) brasilero descubre una montaña negra que él cree que es un yacimiento de hierro y le comunica su descubrimiento al gobernador de la región. Esta noticia organiza una expedición en 1945, integrada por geólogos brasileros (nótese que eran brasileros estos geólogos). En septiembre de 1946 la región, rica en manganeso, fue declarada «reserva nacional» por el Gobierno del Brasil. Inmediatamente después de esto La United Steel y la Bethlehem Steel comienzan a interesarse en esta mina de manganeso que está situada a 200 kilómetros, tierra adentro, a varios días de camino.

El Consejo Nacional de Minas «aconseja» al gobierno del Brasil que ponga las minas en subasta para la explotación, mediando desde luego, la devolución de las instalaciones al país, una vez que hubiere concluído la explotación y el pago de «royalties» por tonelada extraída. Una sucursal de la Bethlehem Steel la I. C. O. M. I., se lleva la subasta... Se hacen los estudios y se forja el proyecto... Ciudad industrial para la extracción, ferrocarril para la evacuación y puerto para el embarque; el todo destinado a evacuar el máximo de manganeso en el mínimo de tiempo. Se calculó que las reservas de la mina se agotaría en un período entre 25 y 30 años y se decidió utilizar para la explotación material ultramoderno, evitando el empleo de una mano de obra difícil de establecer. El mineral circula por elevados y «tapis roulantes» y un arcón flotante, único en su especie en el mundo, permite a los barcos cargar sin preocuparse de las mareas.

Personal empleado: cerca de dos mil obreros en la ciudad industrial, incluyendo obreros y administración y unos pocos obreros portuarios a causa de la mecanización avanzada. Este pequeño efectivo convierte al Brasil el primer exportador de manganeso, mineral eminentemente en demanda mundial. Con poco personal, el problema de los salarios ni se plantea, por supuesto que serán mucho más altos que los salarios medios que separan en el resto del país.

El nuevo estilo, la aplicación del progreso técnico y del sistema de «royalties» a la industria minera desplaza sensiblemente la reivindicación nacional. La explotación se hace menos opresiva sobre el plano social inmediato (se dice que el sistema de altos salarios relativos, ha permitido a las compañías petroleras de Venezuela evitar prácticamente todo problema obrero en los campos petrolíferos durante varios años), pero rinde al gobierno, a la nación en conjunto, a las fluctuaciones del mercado. Las «royalties» y derechos pagados al gobierno brasilero (de 30 a 50 millones de dólares anuales) representan la segunda fuente en dólares del comercio exterior del Brasil. Se ve qué influencia puede ejercer una «renta» sobre lo que Raúl Prebisch ha llamado la «capacidad para importar». También se observa una cierta sujeción que esta renta representa a pesar de la invisibilidad de la cuenca minera en la inmensidad del Brasil. Los dirigentes de la Bethlehem Steel y el mercado mundial deciden en gran parte las entradas de una nación de 60 millones de habitantes.

Lo que es sin duda mucho más grave son las ilusiones que engendra este tipo de establecimiento industrial. Contrariamente a la opinión de los expertos este tipo de inversión no puede asegurar ningún crecimiento industrial palpable. Simplemente es un arrancamiento a la tierra, una simple expropiación. Su acción sobre el desarrollo regional es prácticamente nula. ¿Para qué sirve un ferrocarril si el mineral se agota? ¿Qué sirve al desarrollo de la región? Para mucho si la región se desarrolla sola.

En definitiva, la industria extraterritorial, pues es más y más extraterritorial a causa de un progreso técnico ineluctable, no está en posición de contribuir al desarrollo económico de la América Latina. Substituyendo las rentas al pago de grandes masas de salarios, está condenada —singular condena— a ser menos y menos influyente en la economía global.

En este punto las grandes masas de inversiones no deben de crear ilusiones, como sucede con frecuencia: No se trata siquiera de obtener un préstamo para obtener un rendimiento, porque no existe ningún tipo de préstamo: se produce una simple hemorragia de riqueza natural.

La industria demanda estructuras socio-económicas adaptadas. ¿Se puede ir a la industrialización sin una reforma agraria?

Industria Satélite e Industria Local

La segunda guerra mundial que rompió en gran parte las comunicaciones entre Inglaterra y la A. L., creó la producción americana una relativa escasez relativa de ciertos productos, favoreciendo el nacimiento de una industria «local». Entre 1935 y 1943 el valor de la producción industrial se duplica en la Argentina, mientras que el valor de la producción agrícola no es el mismo en todos los sectores; aún más después de la guerra su estabilidad no es continua. En el mejor de los casos no se extiende nada más que a las industrias de consumo.

El caso de la Argentina es particularmente interesante: Ese país había acumulado un excedente de divisas que se elevaba a 1,100 millones de dólares; inmediatamente después de la guerra el gobierno argentino comenzó a preparar una política de estilo americano, prestando dólares a Francia (150 millones) y a Italia (175 millones) para asegurar sus mercados y comprar bienes de producción. Esa política duró tanto como lo permitió el mercado internacional del trigo, es decir muy poco tiempo. En 1949 comenzó el derrumbe. ¿Por qué? Porque la Argentina no había podido asegurarse una base industrial lo bastante integrada, suceptible a un crecimiento ulterior autónomo.

El gobierno peronista, a pesar del anonadamiento que le causaba esos millones de dólares, los dejaba perderse: Primeramente comprando a un precio increíble los viejos ferrocarriles ingleses completamente deteriorados. Pagar 150 millones de libras esterlinas por un montón de chatarra en condiciones de ser mandada a fundir, era perder el tiempo. Perón no rompió nunca ese compromiso inútil con los hábiles comerciantes de la City. Aún más deseoso de crearse una base obrera, el gobierno de Perón se comprometía con una política de aumento de efectivos: La Corporación de Transporte de la Ciudad de Buenos Aires empleaba en 1939 24,000 obreros contra 4,300 vehículos en servicio: en 1950 había 45,000 obreros contra 3,600 vehículos. De 6 a 13 obreros por vehículo.

De esa manera la Argentina no pudo aprovechar, en un momento de su historia particularmente favorable, las posibilidades ofrecidas a su economía para lanzarse por la vía de la industrialización; tres factores contribuyeron para que se produjera este fracaso: demasiada docilidad con respecto a ciertas exigencias inglesas; la insuficiencia de la demanda interior; la incapacidad para dominar los problemas sociales planteados por la industrialización.

Perdida la gran oportunidad —se presentó en diversos grados en otras repúblicas, y principalmente en el Brasil—, el desarrollo industrial tenía que producirse gracias a la intervención del capital extranjero.

Es imposible entrar en detalles con respecto a las inversiones extranjeras en las industrias satélites en la América Latina. Limitémonos a señalar algunas características.

—La inversión se convierte en un negocio casi exclusivo de las grandes empresas (condiciones técnicas, importancia de las entregas de capitales fijos, y explotación de un mercado ya existente).

—Con respecto a los conjuntos mecánicos, las grandes firmas tienden cada vez más a instalar cadenas de montaje. Es un medio de escapar a las fluctuaciones de la balanza de cambios.

—Por el contrario de la industria exterritorial la industria satélite tiende a instalarse en las zonas urbanas más densas, concentrando en esas zonas un proletariado no cualificado o semi-cualificado.

La industria satélite es por lo tanto creadora de mercados, ligada al desarrollo de las zonas urbanas constituye la base de un verdadero sistema industrial.

Algunas debilidades congénitas limitan naturalmente estos sistemas: la esfera de consumo actual probable de una industria de consumo en Ecuador (tres millones de habitantes) no parece apenas pasar de cien mil unidades. Se llega a un punto en el cual el artesanado, porque no puede ofrecer competencia; en tanto la industria local no puede vivir debido a la ausencia de un mercado extenso capaz de absorber la producción actual. Al conjunto que constituyen los países relativamente poblados (sub-empleo la entrada promedio anual —bajo nivel de ahorro— débiles inversiones sub-empleo), se agrega una cadena debida a las dimensiones «naturales» del mercado.

Hagamos saber que la solución política capaz de dar solución al conflicto, es decir, la constitución de grupos de estados ha sido siempre frustrada por el gobierno norteamericano, que ha tenido una gran debilidad por los tratados bilaterales. Por otra parte después que el sueño de Bolívar se fragmentó en pequeños pedazos, cada uno de los representantes del poder, es decir la aristocracia, feudal de los pequeños estados se preocupa poco de la unidad. La asociación de capitalistas terratenientes norteamericanos funciona completamente en ese dominio.

Industria Nacional

En 1944 el gobierno argentino comenzó la construcción de la fábrica de Palpala, la primera industria siderúrgica argentina cuya producción debía producir cuarenta mil toneladas por año, este desafortunado ensayo fué imitado por varios países de la América Latina, principalmente por el Brasil, Chile y en forma ligeramente diferente por Colombia. Dos corrientes de pensamiento fueron el origen de este esfuerzo por crear una industrial básica: ideología marxista (fuera de conjunto) sobre la primacía de la industria pesada.

—Ideas derivadas de la teoría del empleo y el desarrollo económico. Estos complejos siderúrgicos, trátase de Vuelta Redonda, Brasil; de Huachipato, Chile o de Paz del Río, Colombia han sido construídos gracias al préstamo de dinero y material extranjero. Por cada dólar prestado por el Export-Import Bank a la siderúrgica de Huachipato, esta ha gastado en E. U. dos dólares en equipo, casi ciento veinte millones de dólares para una producción debía llegar a cuatrocientos cincuenta mil toneladas en 1959. Entonces hará falta que el mercado chileno haya crecido o que sean creadas nuevas industrias capaces de absorber productos siderúrgicos.

Como Vuelta Redonda y Paz del Río, Huachipato confronta tres dificultades:

—Insuficiencia del mercado interior.

—Costo de producción elevado (dificultad para la exportación).

—Ausencia por el momento de una industria intermedia que pueda consumir el acero, ejemplo, la industria del automóvil.

Puesto que la industria nacional no crea fuentes de empleo; puesto que tiende a competir con la industria mundial es incapaz de desarrollar de una manera apreciable el mercado interior, se presenta entonces como la satisfacción de un complejo de inferioridad industrial; un primer paso hacia la liberación de una pesada tutela. No podemos considerarla en el momento actual como etapa de transición hacia el desarrollo.

Nos parece que hasta el momento los economistas han mirado el paso a la industrialización como debiéndose efectuar sobre el modelo exclusivo patentado por el Occidente. Hay entre las formas industriales de las sociedades desarrolladas, algunas posibilidades de adaptación a una sociedad predominante agraria (con la condición de que se haga la reforma agraria, lo que no es poco decir); por otra parte, algunas costumbres del trabajo artesanal, existente en una sociedad que vive para el autoconsumo, desemboca dentro del trabajo moderno entre ramas industriales completamente diferentes. Si el trabajo industrial a domicilio es en nuestros países una forma retrógrada, por esa misma razón nos parece una forma de transición.

En todo caso, actualmente o se acepta una evolución lenta, quiero decir, casi una paralización, o se considera que las soluciones radicales (con sus razgos fuertemente positivos y negativos) son las únicas aceptables, o bien se intenta orientarse hacia soluciones imaginarias, las cuales implican reformas profundas de estructura.

Modesto Balance

Digamos, corriendo el riesgo de cometer grandes errores, que la producción industrial per cápita ha aumentado en el 30 por ciento a 40 por ciento desde la época anterior a la 2da. Guerra Mundial. Este aumento es bastante modesto, y la expresión de este aumento en términos de producto nacional, nos puede conducir a la idea de que la industria en la América Latina es una potencia surgida armada con todo el progreso técnico. Más que hablar de la industrialización de América Latina, sería mejor hablar de la industrialización de ciertas zonas de la América Latina.

—En primer lugar, el triángulo Río de Janeiro-Sao Paulo-Belo Horizonte; en ese triángulo es donde se concentra lo esencial del esfuerzo de las inversiones del gobierno Kubitschek. La renta por cabeza en el estado de Sao Paulo, por ejemplo—es 8 veces más elevado que las regiones del norte. El único pedazo de vía férrea de 170 kms. Santos-Sao Paulo, ve transitar un cuarto del tráfico brasileño: ese tráfico se ha duplicado desde 1947, mientras que el tráfico en el resto de la red, no aumentó más que en un 15 por ciento.

Uno de los peligros de la industrialización por zonas, es que trae una verdadera colonización de la mitad menos desarrollada del país por la zona industrial. La población de estas regiones se vuelve una fuente de empleo para las industrias que se encuentran en el triángulo industrial.

La zona industrial creó, tanto en Argentina como en Brasil, un sistema de precios dominantes, el cambio con las regiones subdesarrolladas, se vuelve cada día más desfavorable para estas regiones, y por consiguiente, más favorable a la zona industrial. Dentro del gran sistema mundial, se crea así un pequeño sistema que reproduce el mecanismo de desigualdad entre países desarrollados y países subdesarrollados.

Estos son algunos rasgos esenciales de los sistemas industriales que las naciones más desarrolladas han exportado a los países sometidos a su dominio. En la América Latina, la substitución de un solo gran Estado para que concurran diversos sistemas, hace que el desarrollo de la industria esté ligado fundamentalmente a la política de los EE. UU.

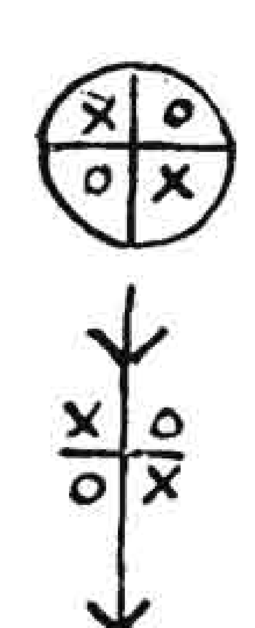
Admitamos que después de la guerra, la industria y la industrialización se han convertido en mitos sociales. Estos mitos, porque las estructuras sociales agrarias impiden un desarrollo impetuoso de la industria, porque los encuentros con los E. U. constituyen un poderoso freno a una industrialización «exagerada».

Los mitos poderosos, porque el desarrollo de las zonas urbanas y la constitución de un proletariado urbano, constituyen faros para la población del campo, donde reina un desempleo permanente. La idea que el conjunto de recursos naturales de una nación constituye una reserva en la cual el pueblo tiene el derecho y la prioridad de servirse. ¿Por qué el petróleo constituye por así decirlo una revindicación espontánea? Sin duda a causa de los datos históricos —notablemente las guerras que las Cías. petroleras han provocado en el continente a través de personas interpuestas— pero también a causa de un carácter visible, insolente de este agotamiento del suelo.

Los E. U. pretenden, a través de la ayuda técnica y las inversiones públicas y privadas, tener una potencia industrializadora. Hemos visto que una gran parte de este esfuerzo inversionista culmina en la invisibilidad. El resto, juzgando por las cifras, justifica un pesimismo moderado. La industria requiere estructuras socio-económicas adaptadas. Hay evidentemente un «más allá» de las posibilidades presentes. El todo es cruzar el Rubicón y de comprometerse en la reforma agraria.

VERSION M. S. DE ABREU.

Segunda de "Los Ñáñigos, Sociedad Secreta"



EL INDISIME BEBE LA MOKUBA QUE LO CONSAGRA ABAKUA

Por Lydia CABRERA

TOMADO DEL LIBRO «ABAKUA»

El Indísime, o —neófito— abakuá, después de una serie de purificaciones con gallos que recogen todas sus máculas, con yerbas profilácticas, con el humo depurativo del incienso, de abluciones y aspersiones de aguardiente, y estampidos de pólvora —«que destruyen todo lo malo»— bebe la mokúba, que lo consagra abakuá. El omó —Chishá— (1) (hijo de santo), elegido por un dios del panteón yoruba o dahomeyano de los cultos, —«Reglas»— lucumí o ará, igualmente purificado —bañado con el Omiero o con el Amasí, equivalente a la Wembán del rito abakuá, agua que contiene las virtudes mágicas de las yerbas consagradas a los dioses y la energía vital de la sangre del sacrificio —preparado—, y perfectamente limpio de toda mancha, muere simbólicamente para «nacer» o «entrar» en Oro (2), en «Santo», (en la vida religiosa), y muchas veces, no tanto como un medium —«caballo»— del dios que se lo adueña, sino para ser salvado por éste de cualquier peligro, de una grave enfermedad o de la muerte. Son ellos los «nacidos en Ocha», los Iyawó desposados con un Orisha, los que al día siguiente de su consagración rigurosamente secreta, como la del obonékue, en una habitación a la que no tienen acceso más que las sacerdotisas y los sacerdotes, cualquiera de nosotros, los aberikulá, hombres o mujeres, no iniciados, podemos saludar instalados en sus tronos, revestidos con el vistoso traje ritual que corresponde a su Babá (3) o Iyá (4) divinos, deificados ese día como el Lucio del Asno de Oro de Apuleyo, rescatado por Isis.

El Inkísi o Ngángulo, en las sectas mágicas de Mayombe, que son muy herméticas, cuando «muere» simbólicamente se va a Kunanfinda, (al cementerio); está con los muertos», y «cuando nace» viste la ropa que ha sido enterrada siete, catorce o veintiún días en una fosa, ropa impregnada de «virtud de muerte», porque «él ha hecho trato con los muertos» y ya forma parte del «otro mundo» ha penetrado en la esfera de los espíritus...

Y así todos los iniciados en los ritos africanos pervivientes en Cuba, el ñáñigo, por el enlace sacramental que lo unirá para siempre a Ekue a Tánze-Sikán y a los espíritus antecesores de la Sociedad Abakuá, el aborissa con los dioses, y el Tata Nganga o «palero» con los fúmbis, almas de los muertos, «no tienen que temer daño».

Nuestro ñáñigo, que ha pagado sus derechos, que deja su voz, —«el aliento, es decir la vida»— en el tambor sacrosanto, y que posee, en cambio, el secreto de la Voz Divina, y por el conocimiento y potestad de los signos, hace del pasado presente, recrea la loma, el río, la palmera, en los lugares sagrados de Awána Bekúra Mendó, donde se desarrollaron los primeros acontecimientos de la Sociedad, y se transporta a Akuaroneña; el ñáñigo que realiza la unión —nyúao— de las fuerzas espirituales y cósmicas, al atraerlas, transmitirlas, concentrarlas («meterlas» dice Saibeke) en el Fundamento, (Ekue), y encarna, al cubrirse el rostro con la máscara, a los míticos fundadores de la sociedad, —lo mismo que los que sirven de «caballo» a un Orisha o a un ser del otro mundo, como los «cuerpo nganga», o «ngombes», son «hijos» de padres tan poderosos, que están forzosamente muy bien protegidos...

Por estos contactos continuos con las fuerzas sobrenaturales, contactos familiares, podría decirse sin exageración al observar a los Santeros (5) y Paleros (6) conviviendo con sus Otán-orishas y sus cazuelas mágicas, al obonékue con Ekue, tanto este último como el omó-orissa y el Ndóngo, (7) desarrollarán poderes que no alcanzamos el común de los mortales.

Aunque al ñáñigo no lo elige un dios como al olorissa, es fuerte por la «consagración», se nos explica. La ingestión de la Mokuba, tónico sagrado, como el Omiero con la sangre de los sacrificios para los «hijos de Santos» de las sectas lucumí, y la kimbisa o chamba para los nganguleros, implica un acrecentamiento de la fuerza vital en el ñáñigo, y un resguardo interior, un «detente» en las mismas entrañas, contra todo lo malo. Pues esta isla de Cuba aún está llena de influencias maléficas, de malas sombras, —de Keres— que continuamente amenazan a los descendientes de africanos y a la mayoría de nuestro pueblo, que consulta los oráculos y ofrenda habitualmente libaciones de sangre de pollo a sus dioses y a sus muertos.

La importancia que tienen los ritos purificativos en nuestros cultos africanos, y particularmente en el ritual de los ñáñigos, es otro rasgo que nos evoca los Misterios.

Para oficiar o participar de los ritos también el obonékue ha de estar sexual y moralmente puro. Herakles no puede contemplar los Misterios de Eleusis sin antes limpiarse del crimen de los centauros. El obonekue que ha fornicado dentro de las setenta y dos horas de abstinencia previa a un «plante», y a toda función religiosa, como sucede al sacerdote en las demás sectas de raíz africana, el que ha derramado la sangre de su prójimo o lo ha privado de la vida, «está sucio», físicamente sucio, y no puede penetrar en un butáme, (8) ni en un ilé-orishas, (9) en un vodú, (10) en una Casa Mundo o Nso Nganga. (La pureza o la impureza sobre todo, también es de índole material).

Es sabido entre los ñáñigos, que algunos candidatos por criminales, —como en Eleusis— no entraron en el Fambá.

El sacrificio que «se hace por el bien de todos», (que provoca individualmente, y a favor del grupo de acción benéfica sobrenatural). El del gallo, «el derecho», homenaje y alimento ordinario de Ekue. El de Mbóri, el chivo que sustituye a Sikán, «que es como si fuera un cristiano, —sic— la Madre de los Obonékues», (para éstos, arquetipo de la Madre) pues una vez purificado y consagrado, el chivo representa y sustituye a la víctima en el drama abakuá, y por medio de su sangre realizan los okóbios (11) la unión espiritual con las fuerzas divinas y las ancestrales. Sacrificio redentor, se hace evidente, aun cuando Saibeké, mi natákua (12) Preferido maestro escrupuloso y machacón, no insistiese continuamente en el «mérito» de la sangre de Mbóri, que se transmuta en la sangre de la víctima original de la Sikanékue, y por quien se logra la continuidad en la obtención de la Voz Divina: Ndibó Siene.

Las comidas de comunión (originalmente la de una víctima humana) elaboradas con las ofrendas que el neófito debe aportar, —caña, maní, jengibre, plátanos, ñames, etc.— tributos indispensables que acompañan los juramentos o consagraciones de obonékues e indiobónes, quienes, rasgo también común y universal, son presentados por un padrino, por un miembro de la mística confraternidad. Estas comidas de comunión, como es sabido, se celebran no sólo en Abakuá sino en las otras Reglas, —de Ocha y de Palo Mayómbe—. En Abakuá las simboliza el haz de leña que el neófito aporta entre los tributos.

Los grados en la jerarquía de los adeptos: obonégue, mistos: indiobones, epoptes...

La agrupación la rigen los altos sacerdotes o dignatarios de la Sociedad; cuatro Obónes o Jefes supremos asistido por sus ayudantes, encarnaciones de los fundadores y personajes, trece en total, que crearon en el viejo Calabar la primera «Potencia» o «nación». (13) Se les llama Plazas en el lenguaje corriente de los ñáñigos o ñaitos, (14) y «placerío» al conjunto de oficiantes. Deciden los asuntos de mayor importancia, y como los sacerdotes de los misterios egipcios, ponen en acción la leyenda abakuá en la dramaturgia de los «plantes», ceremonias.

A Mokongo, «el guerrero», jefe supremo de las Potencias abakuas, ¿no podíamos compararle con el Pater Patratus. Pater Patrum de los Misterios de Mitra, que autoriza a Ekueñón, —Pater Sacrorum, ejecutor de los sacrificios— a consumarlos? Y en la pendiente de fáciles comparanzas, tiene gracia que los obonékues, —como los Miles—, obonékue también quiere decir soldado— han de ser valientes al punto de que no se concibe entre ellos un ñáñigo cobarde. Decir ñáñigo es decir hombre valeroso, hombre que no conoce el miedo y desprecia todos los peligros. Así, aunque no tanto como años atrás, exageran ingenuamente los profanos la dureza de las pruebas, inexistentes en la realidad, a que se sometía al Indísime durante las horas de su iniciación en el Fambá, como se rumoraba en Roma de aquéllos que tenía que sufrir también el sectario de Mitra, tan excesiva por su crueldad, que a veces sucumbía en ellas.

Para demostrar su valor, asegurábase en los días turbulentos del ñañiguismo que el recién iniciado en los Misterios de Abakuá, una vez terminado el «plante» debía apuñalear al primero que topase en su camino.

De ahí que a mediados del siglo pasado, Don Antonio de las Barras y Prado anotase de oídas en sus interesantes Memorias sobre La Habana: «los ñáñigos forman una asociación tenebrosa de robo y pillaje, para entrar en la cual, tiene el neófito que sufrir resignado, tendido en el suelo boca arriba una serie de palos en el vientre en medio de gritos, cantos y contorsiones de los afiliados; luego le hacen beber sangre de gallo, animal al que rinden culto y después como una última prueba de valor, le entregan un puñal para que salga a la calle a probar el hierro, lo cual hace dando una puñalada al transeúnte que mejor le parece, emprendiendo en el instante la fuga».

(«El hombre que acababa de jurarse debía sacar al azar una semilla de tres que se depositaban en un recipiente. Si la semilla que le toca en suerte era negra, debía atacar al primer negro que encontrase al salir del plante, si era blanca a un blanco, y si amarilla, a un chino o a un mulato». Este dato me lo comunica un ñáñigo, declarando que así se procedía, durante su mocedad, en muchas Potencias que no quiere nombrar.)

Pura invención lo que se refiere a la brutalidad de las pruebas de la iniciación, afirman mis informantes. Como las pavorosas de los masones, con quienes los ñáñigos creen tener tanto en común, que muchos también, sobre todo en Matanzas, se hacen mazones.

En fin, el lenguaje secreto, lenguaje figurado, que emplean entre sí los obonékues, sólo de ellos comprendido: el iniciado en la liturgia órfica decía «Cabrito ha caído en la leche», refiriéndose a que se había identificado a la víctima y a la divinidad. He comido tambor y he bebido címbalo, decía el sacratis. El obonékue expresa la misma idea diciendo: abakuá erôbe siáme: me he hincado en el cuero de chivo, que representa igualmente a la víctima y lo sacramenta. Y con el lenguaje, las señas encubiertas de reconocimiento, cierta manera de estrecharse tres veces la mano, parecida al modo de saludarse los masones.

Para terminar estas líneas tan largas como innecesarias al lector avisado que nada nuevo hallará en ellas: a pesar de la insistencia con que aún se asocia la agrupación Abakuá a la delincuencia y al crimen, ésta presenta los mismos caracteres de todas las sociedades crípticas que separadas por los siglos y sin posibles influencias, en lo esencial, se parecen en la atmósfera de las primeras mañanas del tiempo, el objeto que fundamentalmente se persigue, es el de protegerse de las fuerzas adversas y misteriosas, alcanzar el poder por medio de ellas, y anhelo milenario e inquebrantable, triunfar de la muerte, con los medios que aseguran la inmortalidad del alma, como nos explicarán nuestros viejos consultados y a quienes por entero cederemos la palabra.

Pero antes de entrar en materia hemos de mencionar, además del citado Saibeké, las fuentes vivas de información que han hecho posible este trabajo, y que hemos hallado principalmente en Matanzas, donde se conservan mejor las tradiciones africanas.

Conocí hace tiempo a un ñáñigo muy mentado de «la tierra» o grupo Akone Eriero Nfori Ntáki. Obtuve de él bastantes datos, más me obligué a no publicarlos hasta después de su muerte, y esto silenciando su nombre. Buena parte del vocabulario que publicamos por separado y muchos de aquellos datos, han sido utilizados ahora extensamente.

A Juan Urrutia, de Usagaré, otro gran obonékue, bailarín incomparable, de quien hemos hablado en «El Monte», (15) sin exigirme que callase nada, debo también información muy valiosa. Urrutia murió el 1942. Las notas recogidas en el curso de nuestras conversaciones compulsadas con Saibeké aparecen aquí.

Un antiguo Ekueñón, como Saibeké apartado de toda actividad abakuá por razones de salud y por lo avanzado de su edad, que desea callar su nombre y a quien llamaremos Tankéwo, en consideración a su cargo en la Potencia, tachando de incompleto y superficial lo anteriormente publicado por mí sobre el ñañiguismo, se me brindó espontáneamente a colaborar en compañía de Seibeké, su viejo «Sacramento» (16) y Monina; (17) y por último algunas noticias y recuerdos hace largos años tomados de Calazán Herrera, «El Moro» y de otros que no nombraré, han servido a la composición de este libro.

El precioso informante que fue para mí Calazán Herrera, «Bamboché», que profesó todos los cultos, y dejó sentir su fuerte personalidad en todas las expresiones de la vida de los negros de su tiempo, hijo de lucumís «aborissá», (18) mayombero, (19) —ngangulero temible—, también fue, naturalmente, ¡cómo no había de serlo en sus mocedades!, obonékue. Lo fue con toda la arrogancia que caracterizaba a los kuágura, (20) a los «chébere monina» de su tiempo, y quedó en la sombra más de una puñalada suya. Habanero, pero muy relacionado con los santeros, paleros y abaguás matanceros, se inició en la ciudad de Matanzas. Mas se apartó al fin del ñañiguismo por su intransigencia en lo que él consideraba «faltar a la norma de los mayores», a la tradición.

El obonékue que lea estás páginas, los más viejos, desde luego, reconocerán en ellas el eco de voces que les despertarán el recuerdo de Okóbios (21) tan ilustres, como Manuel Platanal, alias Puñales, Iyamba de Irondó, que fue a presidio en Ceuta porque envió a mejor vida a otro ñáñigo. Igual le ocurrió a Alejandro Ntomiñán y a otros. A Irondó y al Curro del Manglar. A Concepción Ocanto, Juan Seguí, Agustín Bonilla, Simón Montalván, Román Brindis, Juan Serrano, fallecido en 1940.

A Mandri, ¿qué ñáñigo no le recuerda?, brikamo centenario desaparecido hará sólo unos cinco o seis años, y a Nazario Barondó Efí, siempre dispuesto a evocar el pasado, —«los buenos tiempos en que las mujeres parían varones»—, y a ilustrar con la enseñanza del pasado a los jóvenes que demostraban ser serios y discretos, hombres, en una palabra.

Nazario Barondó, era a la vez que ñáñigo, «mayombero», —brujo—, con tres cazuelas mágicas «muy bravas» en su casa. De tiempo en tiempo, el regalo de una Menkué , de una lechuza y de un garrafón de aguardiente que le ofrecía intere-

(1) Dios del politeísmo yoruba importado a Cuba.

(2) Oro: significa en lucumí (yoruba), idioma que hablan los sacerdotes de los orishas, religión, ceremonia religiosa. Oro es también un orisha, que deja oír su voz (por una matraca) en las ceremonias fúnebres de los Babalaos.

(3) Padre

(4) madre

(5) Los de Santo: Baba-orishas, del culto lucumí.

(6) Los Padres Ngangas, practicantes de la magia bantu aquí en Cuba. Paleros porque se valen de las fuerzas que residen en los árboles. «Trabajan con palos», dice el pueblo.

(7) Ndóngo: otro nombre que se da al brujo.

(8) Habitación que contiene el altar con los atributos sagrados.

(9) El cuarto destinado a las piedras del culto y a las ceremonias en las casas de los sacerdotes y sacerdotisas de la Regla Lucumí.

(10) Aquél en que se guardan los «vodús». las divinidades, piedras y otros objetos de adoración en la Regla Arará.

(11) Iniciado, dignatario, miembro de la Sociedad

(12) Maestro, sabio.

(13) Potencia, tierra, nación, juego, nombres que indistintamente se da a una agrupación ñáñiga.

(14) Ñaíto, ñaña, o ñañaíto —ñáñigos— Ñaña también se le dice al Diablito, o Irema.

(15) Lydia Cabrera. El Monte. Ed. C. R. La Habana. Cap. VIII Ukano Beconsi. pág. 201.

(16) Compadre por sacramento contraído en la Iglesia Católica.

(17) Hermano en la religión (abakuá).

(18) Devoto de los orishas lucumís.

(19) El brujo —específicamente—, representantes en Cuba —se les llama también mayomberos—, de la magia bantú importados por la trata.

(20) Ñáñigo, miembro de la Sociedad Abakuá.

(21) Okobio, adepto.

sadamente algún neófito, hacían sus delicias y conquistaban su amistad.

Antonio Nkandembo, Isunékue de Abakuá Efor, también mayombero, amigo íntimo de otro obonékue no menos famoso: Garabito.

El «Chino» Hermenegildo Pérez, jefe de la Potencia Ebión, en Marianao, que podría narrarnos cómo se fundó el primer «juego» (22) de ñáñigos en la ciudad de Matanzas y en Marianao.

Los maestros de Juan Urrutia: Bernardino Cabrera, obonékue de Nfistete y más tarde Usagaré de Mutanga, «tonista» y notable tocador de Ekón. Este moreno ganaba un centén diario como lector de tabaquería, lo que significa que Bernardino sabía expresarse sobre cualquier materia con la mayor propiedad. «Una lumbrera». Como Joaquín Manresa, que hablaba perfectamente en congo y en carabalí y aún vive, casi centenario.

Jacinto y Policarpo Semaná, de Eron Ntá, cuyo Sése Eribó, —otro sagrado tambor del ritual abakuá— fue, por los méritos personales de Semaná y el compadrazgo que les unía estrechamente, «cargado» —mágicamente preparado— por el gran Andrés Facundo Cristo de los Dolores Petit.

Todos estos ñáñigos discurren por las páginas de este libro. Sus enseñanzas no se perdieron; las palabras, siempre preciosas de los viejos, fueron recogidas y guardadas celosamente por sus discípulos o compañeros.

Saibeké, unas veces solo, otras en compañía de Tankéwo, han revisado conmigo las numerosas libretas manuscritas aportadas por los ñáñigos que encubiertamente han querido ayudarme, cuidando para mayor esclarecimiento de refutar en su oportunidad, aquellas noticias que les parecían contener, a su juicio, errores fundamentales. y que se apartan de los cánones o de la verdad tradicional abakuá. Constituyen lo que él llama ñangaliana» o «anankuéma», esto es, arreglos, falsedades y jergas inventadas por los criollos de Guanabacoa, en su afán de vender las tales libretas a los neófitos, que las pagan muy caras.

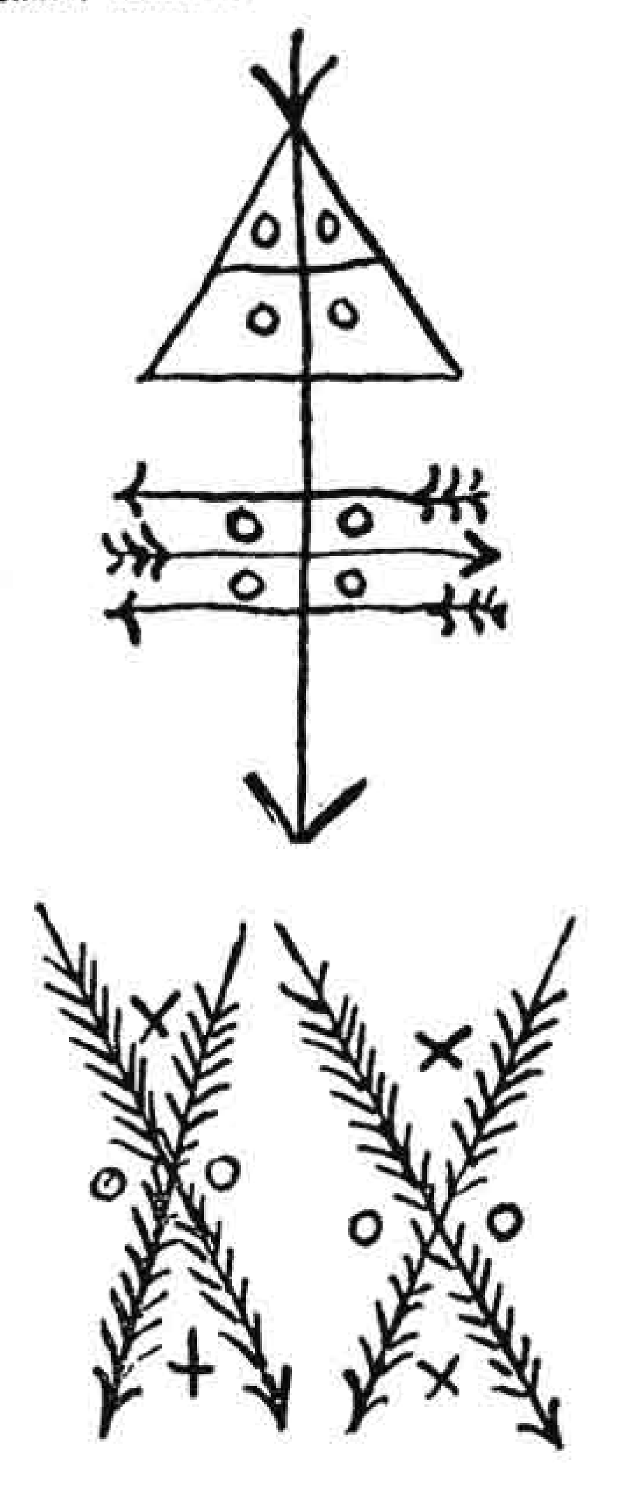
«Han propagado muchos disparates», y después de hojear la última que ha llegado a mis manos y que le muestro al comenzar nuestra diaria y matinal tarea, dice mi bokairán: (23) «Esta misma libreta que usted me enseña costó la vida de un hombre».

«Obulio Margay, un ñáñigo de Guanabacoa, difundió por La Habana los datos falsos que trae, compuestos por José Rodríguez, conocido por Cheo. Las autoridades abakuá y, entre ellos, su amigo de usted Urrutia, las refutaron. «Cuco» Ekueñón de la Potencia Munandibá, de Guanabacoa, se la vendió en veinte pesos a un abanékue de Bakokó, potencia de Marianao, llamado Tatica. Tatica, muy entusiasmado con su cartilla pues el pobre tenía mucho afán de aprender, averiguó con un viejo, con Serrano, que todo lo que traía era una mentira. Nangaliana. Muy dolido y entendiendo que «Cuco» le había robado, protestó. «Cuco» se negó a devolverle el dinero. Tatica perdió la calma. Lo mató de un tiro».

Pero habíamos nombrado a Andrés Facundo Cristo de los Dolores Petit, el padrino y creador de la primera Potencia Akanarán Efor, de hombres de raza blanca que existió en Cuba y su figura, tan venerable para los obonékues, muy particularmente para los obonékues blancos, y los miembros y fieles de las numerosas agrupaciones de Paleros que rinden culto a sus manes, nos obliga a detenernos.

Hablándonos de Petit, nuestros viejos amigos ñáñigos nos bosquejarán, de paso, la historia del ñañiguismo en La Habana.

(22) Grupo.
(23) Sabio, erudito.



Inédito:

PRIMER ACTO DEL DRAMA

AIRE FRIO

Por Virgilio Piñera

—PERSONAJES

ANGEL: el padre (55 años)
ANA: la madre (50 años)
ENRIQUE: el hijo mayor (33 años)
LUZ MARINA: la hija, (30 años)
OSCAR: el hijo menor (25 años)
LAURA: una vecina
(La edad de los personajes es la que tienen al comenzar la acción.)

La acción en AIRE FRIO abarca tres épocas distintas, a saber:
Primera época: 1940 y corresponde al Primer Acto.
Segunda época: 1950 y corresponde al Segundo Acto.
Tercera época: 1958 y corresponde al Tercer Acto.

—o—

ACTO PRIMERO
CUADRO PRIMERO

Sala-comedor. Derecha del espectador: mesa redonda, cuatro sillas. Izquierda: sofá, dos sillones. Frente: librero; encima del librero un busto de Beethoven en yeso. A la derecha: puerta de la calle con su gancho. Al fondo: puerta que da a un cuarto. A la izquierda: cocina, de la que se verá sólo una parte. Del techo cuelga una lámpara de cuatro brazos.

Al descorrerse el telón, Luz Marina, parada delante de la mesa, está cortando un vestido. Oscar, el hermano, escribe, sentado en uno de los sillones, de espaldas al público. Desde la cocina se ve a la madre secando los platos. Son las ocho de la noche.

L. M.: ¡Qué calor! (pausa) ¡Qué calor! (se abanica).

Oscar: ¿Vas a empezar de nuevo con el calor?

L. M. ¿Qué quieres. Que hable del frío? Ya lo ves: estamos en pleno noviembre, y seguimos achicharrándonos (pausa). Hasta enero...

Oscar (la interrumpe) Sí, Luz Marina, es la quinta vez que lo dices... Mejor sería que...

L. M. (lo interrumpe) Pues lo diré aunque no te guste (pausa). Hasta enero no podremos respirar (se abanica de nuevo). Y para eso, no será frío, pero al menos, respiraremos (pausa). ¿A ver... diciembre? Bueno, pongamos diciembre (pausa). Diciembre, enero, febrero y marzo, se respira (pausa). Abril, mayo, junio, julio...

Oscar: ¡Por lo que más quieras, Luz Marina! No me dejas escribir (pausa). Si tienes tanto calor, date una ducha.

L. M.: No puedo, me daría una embolia. La digestión son tres horas. Y me quedo corta. Con estos calores las digestiones son muy lentas (pausa larga). Abril, mayo junio, julio... (acentuando más) a...gosto, septiembre, octubre, noviembre, uno se asa. Así como suena: asados y requeteasados (pausa). Por H o por B nunca acabo de comprar el ventilador (pausa). El mes pasado, porque papá se sacó dos cordales; y el antepasado, porque la ropa del chino se montó en catorce pesos... ¡Estoy muy cansada! (pausa) Pero este mes, pase lo que pase, me lo compro (subiendo la voz). ¿Lo oyen? Me lo compro. Y al contado, nada de plazos. Y grande. Ya le tengo echado el ojo a uno de dieciocho pesos (pausa). A mí el calor no me va a matar (pausa). (más alto). Si alguien tiene que sacarse una muela, que se la saque con su dinero o que vaya a la casa de socorro... (pausa). Pero si le sacan la muela en la casa de socorro seguro que se infecta de pies a cabeza... Y entonces caerá todo sobre mí (pausa larga, empieza a cortar la tela, de pronto deja de cortar y señala la tela con el dedo índice). Este es el último que le corto... Ya me debe veinte pesos... (abre el librero y saca un papelito, vuelve junto a la mesa, lo consulta). Juana me debe seis, Irene tres, Amalia cuatro, y ésta (vuelve a señalar la tela) veinte; no veinte no, dieciocho (pausa, sumando). Seis y tres: nueve, nueve y cuatro: trece, trece y dieciocho... (murmura varias veces) trece y dieciocho... Oscar, ¿cuánto son trece y dieciocho?

Oscar: ¿Trece y dieciocho? Pues trece y



El autor nació en Camagüey en 1914 —es decir, con la Primera Guerra Mundial. Crece durante un tiempo y en 1941 (observen la identidad absurda de los números) se gradúa de Filosofía y Letras. Pero como un hermano —Humberto Piñera Llera— decide traer la filosofía a la familia, Virgilio, fiel a su nombre, escoge la libertad de las letras. Colabora en varias revistas literarias «Verbum», «Espuela de plata», «Nadie Parecía», «Clavileño» y «Orígenes». Sólo, funda la revista «Poeta», muy obligada por su nombre. Ya Virgilio ha publicado «La isla en peso», que es uno de los documentos capitales de la historia de la poesía cubana y absolutamente imprescindible al escribirse esta historia. Pero como Virgilio Piñera ha sido siempre un hombre contradictorio, rompe con el grupo «Orígenes», se rebela contra sus cófrades y abomina de la poesía. Es entonces que obtiene una beca argentina y se muda para Buenos Aires, donde se relaciona con el movimiento literario bonarense, con el que siempre ha tenido cierta relación. Allá colabora en la traducción de un libro que por el cúmulo de traductores que han trabajado en él, recuerda una catedral gótica: «Ferdydurke». Tres obras suyas han sido estrenadas en La Habana, «Electra Garrigó», «Jesús» y «La boda»— «Electra Garrigó», estrenada en 1948, es vuelta a poner en escena en 1958, con mayor éxito que la vez anterior. Publica una novela, «La carne de René» y un libro de cuentos, en Buenos Aires, «Cuentos Fríos». Funda la revista «Ciclón» (con José Rodríguez Feó) y sigue escribiendo a pesar de que muestra deseos de olvidarse de una vez por todas de todo lo que sea escribir. Ojalá que no haga los deseos realidades antes de terminar «Aire Frío», cuyo primer acto —inédito por supuesto— publicamos.

dieciocho... Espérate... (empieza a escribir las cantidades).

L. M. Tú lo único que sabes contestar rápido son tus rimitas: Harina con cantina...

OSCAR: Me ofendes. Yo no hago rimas ripiosas. Además, ya nadie rima. Oye qué versos modernos:

El pez de la torre nada en el asfalto.

L. M.: (lo interrumpe) ¡Ave María! ¡Qué disparate! Los peces no pueden nadar en el asfalto. Los peces nadan en el agua. Y suponiendo que pudieran nadar en el asfalto, con el calor que hace se asarían (pausa, gritando) ¡Papá!, ¿cuánto son trece y dieciocho?

Angel: (desde el cuarto) ¡Treinta y uno!

L. M. ¿Treinta y uno?

Angel: Sí, treinta y uno.

L. M.: Treinta y un pesos... Así el dinero no luce nada (pausa). Porque me lo pagarán a pedazos (pausa). Los peces nadan sólo en el agua... (se abanica de nuevo) ¡Qué calor! ¡Es fuego! Y en noviembre (pausa) Mañana es día treinta. Dios sabe si me pagarán puntualmente (vuelve a cortar la tela). ¿Y si me hago el vestido? Por que no pienses que ésa te lo va a pagar todo junto. Y si me lo hago, ¿con qué compro los botones? ¿Y los adornos? (pausa) Cuatro para el panadero, tres para el lechero, cinco a el chino de la ropa...

OSCAR: No te olvides que te pusiste con cinco pesos.

L. M.: Cinco pesos ¿Para qué?

Oscar: Para mi libro de poemas. Ya tengo veinte y cuatro pesos. Y además, cincuenta centavos para el número de la rifa.

L. M.: ¡Ah eso sí que no! El cuadro que estás rifando es horroroso. Te daré los cinco pesos. No entiendo tus poemas, pero a fin y al cabo la familia es la familia (pausa) Oyelo bien: de rifa, nada. ¿Te enteras? No me gusta la pintura modernista.

Oscar: (dando vuelta al sillón se pone frente al público, al mismo tiempo que habla). ¡Vamos, ponte vulgar! Haz causa común con toda esa ralea, que dice que la pintura moderna no es pintura y que cualquiera puede pintar un cuadro.

L. M.: ¡Y es verdad! Si me diera la gana pintaría cuadros modernos como tu amiguito (pausa) Oye, hace días que no viene a comer. ¿Está enfermo?

Oscar: Embarcó la semana pasada. Pronto estará en París. Por su arte está dispuesto a pasar hambre y frío.

L. M.: Frío... ¿Has dicho frío? Y qué más querría yo? (suspira, pausa). Pero no estoy en París, estoy en La Habana, donde todo quema. El otro día por poco si me cocino en la guagua. Me tocó el asiento de atrás. Aire caliente por debajo, por arriba Y cuando llegué a esta cochina casa, arroz con frijoles bien calientes (pausa). ¿Qué me queda a estas alturas? Morirme cocinada. Treinta años, solterona, la costura, las clientas malapaga y este abanico...

Angel: (sale del cuarto con el periódico en las manos; se sienta en un sillón, y lee) Oye esto, Luz Marina: «Debido a los grandes calores, trescientas personas muertas en Calcuta». ¿«Qué me dices?

L. M. Me parece perfecto. Calores que matan de verdad y de golpe. Esos indios hacen las cosas en grande (pausa). Pero aquí, el calor no te mata (lo que sería una solución) pero tampoco te deja vivir (pausa). ¿Cómo sigues de la muela?

Angel: Casualmente, le estaba diciendo a tu madre que me está doliendo como nunca.

L. M.: Pero no hace todavía un mes que te sacaste dos cordales.

Ana (sacando medio cuerpo fuera de la cocina) ¿Y qué? Tu padre tiene muelas como todo el mundo. ¿qué quieres? ¿Qué no las tenga, que que no le duelan?

L. M.: Pero es tan seguido...

Ana: (entrando en la sala) Te veo venir. Estás pensando que también habrá que sacar esa muela...

L. M.: Es lo más probable. Tenemos una suerte... Ahora más que nunca, adiós ventilador.

Ana: Pagaré la extracción con el dinero de mi retiro.

L. M.: Desvestir a un santo para vestir otro... Lo que falte para el alquiler de este mes lo pondrá el Príncipe Dadivoso... (pausa). En esta casa entran ciento veinte pesos. Sesenta de tu retiro y sesenta de mis costuras. Cuando no son cuarenta. Con Enrique ni contar... Desde que se casó no da un kilo.

Ana: El mes pasado me dió cinco pesos.

L. M.: ¡Gran aporte! Enrique, el Protector da cinco pesos. No me hagan reír.

Angel: Bueno, todavía no estoy sentado en el sillón del dentista... Me pasará el dolor con un poco de guayacol (a Ana). A lo mejor, Laura tiene. ¿Por qué no le preguntas?

Ana (va a la cocina, grita por la ventana): ¡Laura, Laura! (vuelve a la sala).

L. M. El guayacol horada las muelas; se forma un cascarón. Es muy probable que tengan que operarte.

Ana: Déjate de alarmar a tu padre. El dolor de muelas va y viene... Va para dos años que las mías no me dan guerra.

L. M.: (se abanica) Sea como sea, me seguiré asando. Este mes me cobraré nada más

que... ¿Cuánto es setenta y ocho menos treinta y uno?
Angel: Cuarenta y siete.
L. M.: (a Ana, con cara de triunfo) ¡Lo estás viendo? Cuarenta y siete (a Oscar). Ni pienses, siéntate a esperar los cinco pesos. Suponiendo que cobrara los sesenta pesos, todavía hay que pagar cuatro atrasados del chino más los seis de la ropa de este mes; dos pesos al nevero (pausa). Sesenta tuyos y cuarenta y siete míos, ¿cuánto es?
Angel: Ciento siete.
Angel: Trece pesos.
L. M.: ¿Y seis más?
Angel: Diecinueve.
L. M.: ¡Diecinueve pesos! Como para pensar en sacarse muelas y en ventiladores! (pausa). Para colmo, no tengo un trapo que ponerme. Precisamente ahora, cuando llega el invierno.
Oscar: ¿Qué invierno? ¿El cubano?
L. M.: El invierno, el invierno universal; primavera, verano, otoño e invierno. ¿Convencido? (pausa). No me voy a poner ropa de verano en invierno. Prefiero asarme a que digan que no estoy a la moda.
Entra Laura.
Laura: Buenas noches. ¡Qué calor!
L. M.: No diga, Laura... ¿Calor? ¡Frío, hace un frío riquísimo!
Laura: Esta Luz Marina... Siempre con sus chistes (pausa). Pero ayer hizo más calor que hoy.
L. M.: Hoy más que ayer. Ya llevo tres duchas...
Ana: Yo creo que Luz Marina tiene razón. Lo de hoy es horroroso.
Angel: Ustedes se quejan del calor, pero quisiera verlas en Nueva York (pausa). Cuando yo vivía en Nueva York...
L. M. (lo interrumpe) Papá, eso ya pasó, y ahora hace rato que te asas (a Laura). Es muy difícil que me equivoque con el calor: hoy hace mucho más que ayer.
Laura: Para qué discutir... Ayer más que hoy, hoy más que ayer, siempre nos asaremos (a Ana). ¿Para qué me llamaba?
Ana: Angel está rabiando con sus muelas. ¿Tiene un poquito de guayacol?
Laura: Manuel gastó el poco que había. No es juego, son tres muelas picadas (pausa). Tengo esencia de clavo, ¿sería lo mismo?
Angel: No se moleste, Laura; ahora casi no me duele.
Ana (malhumorada) Te duele, prefieres rabiar a ponerte esencia de clavo (pausa). No quiero que pase lo de anoche.
Angel: ¿Qué pasó anoche?
Ana: No me dejaste dormir con tus paseos por el cuarto (a Laura). Cuando se vaya a acostar me trae la esencia de clavo
Angel: Le agradezco, Laura, pero estoy acostumbrado al guayacol (pausa). Tengo que salir de todos modos; lo compraré en una botica de turno.
Laura (a Luz Marina): ¿Ya saben lo que dijo el radio?
L. M.: Tenemos radio, pero es lo mismo que si no lo tuviéramos. En esta casa nada más que se escucha la pelota.
Angel: Es mi único entretenimiento. Si también van a quitarme eso...
Ana: Cualquiera creería que te lo hemos quitado todo. Siempre haces lo que te da la gana. Por ejemplo, te irás de paseo esta noche.
Angel: Tengo sesión en la logia.
L. M.: Mamá, basta (a Laura). ¿Qué dijo el radio?
Laura: Que desde mañana faltará la carne en La Habana.
L. M.: Querrán subir los precios (pausa). Me da lo mismo, para lo que me importa la carne... (mirando al padre). Papá sufrirá horrores: a él que le den carne por la mañana y carne por la noche.
Laura: Cómo se dice: ¿carnívolo?
L. M.: (riendo) No, Laura. Carnívoro.
Laura: Eso es: carnívoro. Mi marido también es carnívoro.
Oscar (levantando la vista del papel) La carne faltará por que el gobierno la está mandando para el ejército norteamericano. La llevan en dirigibles.
L. M.: ¿En dirigibles? ¿Estás chiflado, Oscar?
Oscar: Sí, en dirigibles. Me lo dijo Alicia, y tú sabes que ella trabaja en la embajada norteamericana.
Entra Enrique.
Enrique: ¡Qué dice la familia! Buenas Noches, Laura (pausa). ¿Saben ya lo de la carne?
Ana: Laura acaba de darnos la noticia. Imagínate. Me volveré loca. Tu padre no come otra cosa.
Enrique (se sienta en el sofá) El viejo no es bobo. ¿No es verdad, viejo? Un buen bisté con papas fritas y su mojito, o una carne mechada con jamón... (pausa). Digan lo que digan, esas comidas americanas son la misma muerte. ¿Cuaquer? ¡Puah! ¿No es verdad, viejo?
Laura (se levanta) Me voy a oir la novela de las nueve.
Oscar: ¿Ya son las nueve? Tengo que ir a una conferencia.
Enrique: ¿Poética? (a Laura). ¿Qué novela, Laura?
Oscar: (con sequedad) Poética.
Laura (ya en la puerta) «Vidas Cruzadas». Está fenómena. Es mi único entretenimiento. Buenas noches.
Todos: Buenas noches.
Enrique (a Angel) Pues, viejo, como te iba diciendo... Un buen bisté...
L. M.: Un buen bisté y dinero para comprarlo.
Enrique: Por supuesto: el carnicero no te lo va a regalar (pausa). Luz Marina, hablas sin saber lo que dices. Si no hay dinero no hay carne.
L. M.: Sé muy bien lo que estoy diciendo. Para ti la carne no es un problema, tienes dinero para comprarla. En cambio yo tengo que hacer maravillas para poner carne todos los días (pausa). Por eso, me alegro mucho que falte la carne. Ojalá falte un año entero.
Enrique: Si uno calcula de antemano lo que gastará durante el mes, ten por seguro que el dinero alcanzará. Ahora, si te gastas el dinero en esto o en aquello...
L. M.: ¡Oigan al economista! ¡Enrique el Economista! (pausa) Claro, Enrique el Economista tiene un sueldo fijo, y además de fijo, elevado. Entonces Enrique el Economista hace sus cálculos brillantes (pausa). Pero yo, Luz Marina la piojosa ¿de dónde quieres que saque el dinero? ¿Del vientre de la ballena? Yo dependo de las clientas y de las ganas que tengan de hacerse un vestido. Por ejemplo, este mes la costura ha estado floja; además, tengo un déficit de diecinueve pesos. Por último, aclárame: ¿por qué no incluyes en esos cálculos brillantes es treinta pesos que te comprometistes a pagarle a mamá cuando te casaste?
Ana: Luz Marina, por favor...
L. M. (implacable) Los pasaste el primer mes; el segundo diste quince, el tercero diez; el cuarto, nada; el quinto, nada y éste que va corriendo tampoco darás un kilo.
Enrique: El viaje a Nueva York, la enfermedad de María...
L. M.: Todo eso me tiene sin cuidado. ¿Qué quieres? ¿Qué me convierta en dinero? Ya no puedo con las deudas. Dios sabe que cuando puedo terminar el mes sola, no te molesto. Pero me hacen falta veinte pesos, y me los vas a dar.
Enrique: ¿Es una orden?
L. M.: Es una súplica, y, además, es lo justo.
Oscar: No te olvides de mis cinco pesos, Enrique.
Enrique (explotando) Y éste... ¿Por qué no trabaja? Así que me pides a mí, y éste vive de niño lindo... ¡Anda, dile que trabaje! Pero no, no puede doblar el lomo porque es poeta, tiene que hacer sus versitos (pausa). Si vas a esperar por mis cinco pesos...
Oscar: Estás en la lista.
Enrique: ¡Bórrame, viejo bórrame! Pero pronto. No quiero estar en esa lista.
L. M.: ¿No te da pena hablarle así a tu hermano? Será que le tienes envidia.
Enrique (soltando una carcajada) ¿Envidia a ése? ¿A un poetastro? Se pone mis trajes viejos y va a casa a picarme pesetas.
Oscar: A mucha honra. No pienso dar un golpe. Pero no se preocupen. Un día de estos me verán en París.
Enrique: Encantado. París es para los poetas.
L. M.: Al menos, allí no se morirá de calor.
Enrique: Pero se morirá de frío (pausa). Por cierto, ¿han visto qué calor el de hoy?
L. M.: No me digas nada. Me he dado tres duchas.
Enrique: Si hubieras comprado el ventilador..
L. M.: (dejando caer la tijera) ¡El ventilador! Esto es el colmo.
Enrique: ¡Eh, qué pasa? Yo tengo el mío; ¿por qué no lo tendrías tú? Hay unos muy baratos: quince pesos.
Angel: Hijo, no toques esa cuerda. Esta se pasa mañana, tarde y noche hablando del ventilador.
L. M.: (a Angel) ¡Me tienes llena! ¿Lo oyes? Llena hasta los topes. Si hablo del ventilador es por que puedo hablar. Yo trabajo mañana, tarde y noche. Y tú, ¿qué haces todo el día? Fumar y tomar café. Y por la noche, lo otro...
Ana: Luz Marina, respeta a tu padre.
L. M.: ¡Respeta, respeta! Tienes una venda en los ojos. No me pinchen por que voy a hablar claro.
Angel: Te voy a dar dos bofetadas.
Enrique: Vamos, se acabó. Luz Marina, no te propases.
L. M.: ¡Anjá! Con que tú vienes a sermonearme. Precisamente tú (pausa). Si en esta casa malcomemos, te lo debemos a ti. Viajes a Nueva York, ida al cine, comidas en restaurantes caros, ropa... Y la familia ¡que reviente!
Enrique: Pues ya que hablas claro, también yo hablaré claro (pausa). ¿Cuándo piensas, princesa, tomar estado? Ningún hombre te resulta. ¿Esperas al Príncipe Encantador que vendrá a sacarte de tu letargo? (pausa) ¿Qué puedes ofrecerles? ¿Belleza? Nunca tuviste quince... ¿Dinero? Eres más pobre que una rata. ¿Juventud? ¡Ay, la tuya hace rato que se extinguió (pausa). Baja de tus nubes, pon los pies en la tierra... Más vale pájaro en mano que ciento volando... Agarra al primero que se presente. No tendrás brillantes, pero conseguirás, al fin, tu ventilador.
L. M.: Si esperas que me dé un ataque de nervios por todo lo que acabas de decirme, te quedarás con las ganas (pausa). Por un ventilador soy capaz de casarme con un sepulturero, y hasta venderme.
Enrique: ¿Qué esperas entonces?
L. M.: Bueno, Enrique, suéltame ya. No eches más leña al fuego: mira que la caldera puede reventar (pausa). Para calor, basta y sobra con el que tenemos.
Enrique: Es cierto. Lo único que nos une es el calor (pausa). Podríamos pasar horas enteras hablando del calor. El de hoy es histórico (se afloja el cuello de la camisa). Esta es la tercera camisa que me pongo hoy. Y eso que estamos en noviembre...
L. M.: Y date con un canto en el pecho. Al menos dormirás tranquilo.
Enrique: No entiendo...
Oscar: ¡Ventilador, Enrique, ventilador! Ventilador, es la idea fija de Luz Marina. Cinco pesos para mi libro, es mi idea fija (pausa). Enrique, con veinticinco pesos nos quitarás de la cabeza estas malditas ideas fijas.
Enrique: Déjate de bromitas, que estás muy crecidito. Ponte a dar pico y pala hasta ganar veinticinco pesos.
Oscar (mirándolo atentamente) ¡Siempre me asombrarás, hermano, siempre me asombrarás! Mucho más que un verso feliz (pausa). Tu poder de imaginación se detiene en el pico y la pala... Y esto es un universitario... (pausa). Pero, mira: acepto la humillación y todos los ultrajes, con tal que me des esos cinco pesos.
L. M.: Oscar, no prediques en desierto... (pausa). Tu libro se hará pese a quien le pese. Se me tendrían que caer las manos para que tu libro no aparezca.
Enrique: Eso es, bobita: excítalo, dale ánimos, llévalo por ese camino. Parará en el hospital...
Oscar: No seré el primer poeta que para en el hospital. ¿Sabes que es un honor?
Enrique: Oscarito en el hospital. Perfecto. Ya te veo corriendo con la lengua fuera. Y en cuanto a tu ventilador... Como no soples sobre ti misma.
Oscar (se levanta) Me voy (a Enrique). Piénsalo bien. No voy a ofenderme por que te empeñes en darme los cinco pesos. Y si te empeñas en no darlos, lo mismo, no voy a ofenderme (pausa). Bien mirado, me has dicho la verdad, lo cual no obsta para que yo tenga la mía. El poeta y el parásito social no son excluyentes. Encantado si alimentas mi parasitismo. Hasta luego (sale).

UN VIRGILIO APELLIDADO PIÑERA

Virgilio Piñera es la personalidad más polémica de nuestro teatro —¿es esta la expresión correcta, «nuestro teatro»?— y una de las más constantes: él ha confiado en el teatro como medio natural de expresión. Adoptando algunas formas que pudieran llamarse criollas, Piñera utiliza la décima cantada para dar una verdadera atmósfera de «guantanamera» policial al relato de la hija enamorada —en un sentido casi filial— de su padre, de la madre, asesina y del hijo apático en la venganza: es decir, a la «Orestíada». El llama, sin embargo, «Electra Garrigó». La parodia es, a veces, deliberadamente grotesca —Clitemnestra muere envenenada por una fruta bomba, Egisto es casi un chuchero— y otras, toca zonas de un cegador intelectualismo, ante el cual el espectador —y el actor, porque a quien primero tiene que convencer una obra de teatro no es al público, sino a los actores— siente una duda que oscila entre dos polos interrogatorios: a) ¿Me estarán tomando el pelo? b) ¿Se lo estará tomando el autor a sí mismo? En «La boda» Piñera juega con un horror burgués, la malapalabra. La repetición de la palabra fea una y otra vez llega a producir un cansancio, pasado el primer momento de estupor. Pero la intención es otra y aunque el último acto parece deber más a Ionesco que a Piñera, es evidente que el autor trata de lograr que sus paralelas de absurdo toquen tangencialmente la sociología.

De ahí que no deba extrañarnos que el autor de «Cuentos Fríos» (donde el absurdo llega en ocasiones a una apoteosis) produzca «Aire Frío». Y la semejanza no pasa del título. La pieza (cuyo primer acto publicamos) se separa de toda la obra anterior de Piñera y es absolutamente realista. Hay que señalar momentos en que alcanza un cierto naturalismo verbal, en el que las expresiones cubanas están reproducidas casi taquigráficamente. Los tres actos del drama son estrictamente autobiográficos —y el adjetivo es del autor— y trata de describir la frustración paulatina de una familia cubana. El último acto llega hasta la Revolución. Hay que decir que Virgilio Piñera no lo ha escrito todavía.

Ana: ¡Que muchacho! Es un loco. No le hagas caso.
Angel: Yo también me voy. La sesión empieza a las nueve y media.
L. M.: Papá, ¿la sesión?...
Angel: No me faltes el respeto. Con treinta años y todos tus humos puedo darte dos bofetadas (sale).
L. M.: ¡Bah...! (a Enrique). ¿Tú crees que a fines de noviembre cambie el tiempo?
Enrique: ¡Quién sabe...! Acuérdate del año pasado: diciembre se presentó con unos calores africanos.
L. M.: Si lo sabré... Sobre esta misma mesa sudé la gota gorda en Pascua. Cada clienta quería estrenar su vestido el día de Nochebuena. Y la verdad que una no tiene más que dos manos... (pausa). Todavía no me explico por qué no cogí dieci-ocho pesos de ese dinero y compré el dichoso ventilador.
Enrique: Si siguieras mis consejos al pie de la letra...
L. M. Estoy dispuesta a seguirlos, pero antes, para ponerme al día, dame los veinte pesos.
Enrique: Tengo primero que sacar mis cuentas.
L. M.: Dime ahora mismo si puedo contar o no con ese dinero. También yo tengo que sacar mis cuentas (pausa). Comeremos hasta donde alcance y pagaremos lo que se pueda. No voy a tuberculizarme mientras otros se echan fresco...
Enrique: Fresco con un... ventilador. Al que Dios se lo dió, San Pedro se lo bendiga... (pausa). Me retiro (besa a Ana). ¡Caramba! Qué calorcito.
L. M.: ¿Cuántos grados hizo hoy?
Enrique: Treinta y dos de máxima y veinte de mínima.
L. M.: Eso explica mis tres duchas. Y me daré la cuarta al acostarme (pausa). Aunque no sé por qué lo haré. A los dos minutos: empapada en sudor.
Enrique: Abre bien la ventana. Después de las doce, refresca.
L. M.: No hay como tener un ventilador: La Vi en Rose... La vida en fresco... (pausa. Quisiera verte en mi cuarto a las tres de la mañana. ¡Un horno, querido, un horno!
Enrique: Bueno, volveré a principios de mes. Hasta pronto (sale).
Ana, Luz Marina: Hasta luego.
Ana: Me voy a acostar. No me siento nada bien. No trabajes hasta muy tarde (sale).
L. M.: (vuelve a coger las tijeras, empieza a cortar. De pronto se dirige al librero y saca el cuaderno de Oscar. Lo abre, y lee:

El pez de la torre nada en el asfalto,
buscando su alma en las alcantarillas;
Y yo, solo, parado en la acera
veo rodar las lágrimas de mi hermana.

(Vuelve a poner la libreta en su sitio, coge las tijeras, sigue cortando el vestido. Para un momento, mira a su alrededor.) —«Veo rodar las lágrimas de mi hermana.»» (pausa). A lo mejor, tiene razón... (sigue cortando).

Fin del Cuadro Primero

ACTO PRIMERO
CUADRO SEGUNDO

[...] día siguiente. Siete de la mañana. El mismo set. Oscar duerme en el sofá-cama, oculto por un biombo. Luz Marina, en bata, sin peinar, sin pintura, está sentada a la mesa y unta mantequilla a un pedazo de pan. Come un poco. Se abanica. Entra Ana con una taza de café con leche.

L. M.: (tocando la taza con las dos manos) Está hirviendo.
Ana: Pruébala antes de hablar. Está tibia.
L. M.: Mamá, pero si echa humo.
Ana: Luz Marina, no empleces tan temprano. Mira que no está la Magdalena para tafetanes...
L. M.: ¿De modo que tampoco podré decir que la leche está caliente?
Ana: Pruébala.
L. M.: (probándola) Tienes razón, no está muy caliente (pausa). Parece que el día va a ser de fuego (vuelve a abanicarse) (pausa). ¿A qué hora llegó papá?
Ana: A la una y media. Y con algo más que olor a guayacol...
L. M.: ¿De qué te asombras? Está cesante, pero nunca le falta la peseta para el ron (pausa). Tú tienes la culpa. Lo has consentido toda la vida: dinero que te cae extra, dinero que corres a ponerle en las manos. Chica, no te quejes.
Ana: ¿Y qué me dices del dominó?
L. M.: Mal jugador y mala suerte (pausa). ¡Que viva la Pepa! Te juro que me estoy cansando... (pausa). Y para colmo: este calor perpetuo. El día menos pensado rompo con todo y me largo a Nueva York (pausa). Hace días que Luis no escribe.
Ana: Más de quince. Me tiene preocupada. Algo debe pasarle, es muy puntual con sus cartas (pausa, suspira). ¡Ay, si Luisito se abriera paso por allá...
L. M.: Pero un paso que sea un paso, mamá. Hace un año que vive en Nueva York. ¿Cuánto te ha mandado? Apenas cincuenta pesos en todo ese tiempo (pausa). Yo... como no espero nada de nadie...
Ana: ¿Sabes qué me dijo tu padre anoche? Pues que iba a echarse hasta que la basura lo tapara.
L. M.: ¿Y tú le haces caso? Dice esas cosas terribles para atormentarte. Tu vida con él ha sido un infierno (pausa). Acuérdate cuando éramos niños... Nos pegaba, te insultaba...
Ana: Es verdad, pero ahora que está viejo y sin trabajo, ¿voy a dejarlo indefen-

so? No puedo decir que haya sido mal compañero.

L. M.: No puede verme ni en pintura... Critica todo cuanto hago, me fiscaliza. Dime: ¿con qué derecho?

Ana: Está acostumbrado a mandar. Se ha pasado treinta años dando órdenes en esta casa, y ahora cree que puede seguir empuñando el látigo...

L. M.: No estoy dispuesta a soportarlo un minuto más. Ya estoy muy vieja para que me diga, como anoche, que me daría de bofetadas.

Ana: Anoche lloró...

L. M.: No sería por la muela (pausa). Sabes muy bien a qué se deben esas lágrimas.

Ana: Baja la voz, tu hermano puede escucharnos (mira por el biombo para cerciorarse que Oscar duerme). Te juro que nunca lo hubiera creído.

L. M.: ¿Qué piensas hacer?

Ana: No sé... Date cuenta que es su sobrina (pausa). ¡Dios mío, sólo me faltaba esto! (pausa). Te juro que quisiera morirme.

L. M.: Mamá, no entiendo nada de ese enamoramiento: papá no tiene un centavo, está viejo, feo; Beba sabe que al fin y a la postre la familia se enterará (pausa). Si no va a echarse nada en el bolsillo, entonces, ¿por qué agita a papá?

Ana: Es una coqueta perdida. A menos que no esté enamorada de tu padre.

L. M.: ¿Y tú crees que Beba, con quince años, con docenas de pretendientes se va a enamorar de un viejo baboso y sin dinero? (pausa). Eres una inocente (pausa). Y en cuanto a eso de «coqueta», bórralo; es una P.

Ana: Pero Luz Marina, ¿es que a esa edad ya la gente no tiene entrañas? Piensa que soy la madrina de Beba, que me he pasado la vida mimándola, que si ha ingresado en La Normal me lo debe a mí, que moví mis palancas. Además, ¿no le teme a sus padres? ¿Y si Marta se entera? ¿Te das cuenta de mi responsabilidad? No puedo evitar que Beba venga a esta casa; el día que se descubra el pastel, tanto Marta como Gaspar dirán que yo tengo la culpa.

L. M.: No sé que estás esperando para decírselo a tío Gaspar.

Ana: Sería poner en ridículo a tu padre. Además, con qué pruebas? Con las morales solamente? Esas no bastan. Dirán que soy una enferma mental, que soy una vieja celosa.

L. M.: Pues hay que hacer algo (pausa). Aunque no se paguen todas las cuentas, daré dinero a papá para que se vaya a Pinar del Río.

Ana: ¿Y tú crees que irá? Está bobito. Mira si está enamorado, que a veces me dice Beba... (pausa). A lo mejor se han acostado ya.

L. M.: Por favor, mamá, no magnifiques el problema: Beba nunca pasará de la coquetería. Ella hace todo eso por su edad, porque le halaga que cualquier hombre le diga cosas lindas, y, en última instancia, porque sabe que eso te molesta.

Ana: Entonces es un monstruo de maldad (pausa). (saca una foto de carnet del bolsillo del delantal). Anoche se le cayó esto.

L. M.: (toma la foto, la mira, le da vuelta) «A mi querido tío Angel de su adorada sobrina Beba» (pausa). Esto es el colmo (pausa). Voy a pedir explicaciones a papá.

Ana: ¡Por nada del mundo, por lo que más quieras! Te lo suplico. Si tu padre se entera que tú sabes su pasión por Beba, es capaz de suicidarse. Será un viejo verde, pero tiene su dignidad.

L. M.: Chica, te mereces todo lo que está pasando. Bueno, allá tú (pausa). ¿Vas a devolverle la foto?

Ana: Sabes de sobra que no he hablado media palabra de este asunto con tu padre.

L. M.: Papá sabe que tú no eres ninguna boba.

Ana: Allá él. No seré yo quien le pida explicaciones (pausa). Me paso las noches pensando... ¡Treinta años de casada y encontrarme con esto al final de mi vida! Como todos los hombres, tu padre ha tenido sus aventuras después de casado, pero llegar a eso... Con su propia sobrina...

L. M.: Córtale los víveres, suprímele la peseta diaria, no le hables.

Ana: Sería inutil. Seguirá enamorado. No tienes idea de lo metido que está (pausa). Seguiré sufriendo en silencio.

L. M.: Como gustes, pero no vuelvas a pedirme consejo. Naciste para ser la esclava de papá y te morirás siendo su esclava (pausa). Eso sí, no olvides que mi paciencia tiene un límite.

Ana (coge la taza) No te metas en esto (pausa). Yo hablaré con tu padre, le pediré de rodillas que Beba no vuelva a esta casa.

L. M.: ¡De rodillas! De modo que se lo vas a pedir de rodillas... Hincarte de rodillas va muy bien con tu condición de esclava (pausa). Menos mal que yo no estaba cuando ella vino antes de ayer.

Ana: Si supieras... Ese día estuvo más coqueta que nunca. Si la vieras... Se pintaba los labios y se pasaba la lengua. Y él, mirándola, embobado. Yo hice café; tu padre tuvo el descaro de ponerle la taza en las manos... Una cosa es alcanzar una taza, y otra es alcanzar la taza y la mano a fin de unir todo eso con las manos de Beba. Después, le puso un cojín en el espaldar del sillón. Por último, dijo: «¿No es cierto Ana, que Beba está cada día más linda?». Por supuesto, me vi obligada a contestar. Muy linda, muy linda...

L. M.: ¿Y te parece que yo puedo aguantar su descomedimiento? Te juro que ésa no vuelve a poner los pies en esta casa. Le voy a cantar las cuarenta.

Ana: Sólo Dios sabe lo que me han hecho sufrir esos amores: con todo y lo malo que pudiera parecerme, cerraba los ojos y dejaba que el mundo se viniera abajo. Pero Dios mío, con su propia sobrina...

L. M.: Refinamiento de galán trasnochado. Ese viejo sabe mucho. Parece un bobito: con su pelota, con sus amenazas de que se va a echar, de que está aburrido de la vida, con sus muelitas y con sus castillos en el aire... (pausa). Pero víralo del revés, míralo por dentro. ¡De miedo, mamá, de miedo! (pausa). Ahora se enamora de la sobrinita; el viejito enamorado de la sobrinita, y mamá que sufra, ¡qué importa! (pausa). El honor de la familia, la paz del hogar, tu salud, hasta tu propia vida? Todo eso le tiene sin cuidado (pausa). Y eres tan boba que lo sigues adorando: que a Angel no le falten los cigarros, que no salga sin la peseta en el bolsillo, que el sombrero de pajilla no esté amarillo, que los bistés sean blandos y que las muelas no le duelan (pausa). No hablemos más de este asunto. Ya tengo parado el desayuno en la boca del estómago.

(Ana llora en silencio y va hacia la cocina.)

(Luz Marina va hacia su cuarto hablando ininteligiblemente.)

(Oscar despierta. Con el pie, aparta el biombo, de manera que el público pueda verlo. Se sienta en la cama, pensativo; (pausa) se tira de la cama, abre el librero, saca su cuaderno y anota algo. Entra de nuevo Luz Marina con su costura, la pone sobre la mesa. Oscar está absorto en lo que escribe.

L. M.: Empezaste temprano (pausa). Oye, ¿hoy es viernes o sábado?

Oscar: Sábado (pausa). Deja que te lea este verso. Desde ayer me está dando vueltas en la cabeza.

L. M.: Oscar te advierto que no estoy para versos. Tengo asuntos más importantes en que pensar.

Oscar: Bueno, si no quieres... (sigue escribiendo).

L. M.: ¿Vas a salir por la mañana?

Oscar: Tengo que ir hasta Muralla. Me han hablado de una imprenta que cobra muy barato (pausa). Idea fija, idea que se convierte en realidad. Mal que le pese a Enrique.

L. M.: Dará gritos de dolor cuando lo vea. Un soneto, será cinco libras de arroz; una elegía... bueno, una elegía, un traje; una décima, dos libras de filete... (pausa). ¿Sabes que anoche soñé con vapor? (pausa). Te ibas en un vapor y llevabas una linterna en la cabeza.

Oscar: El poeta, con su linterna mágica, se aleja en busca del sueño.

L. M.: Busca por Obispo un billete con el terminal 23, y averigua que número es linterna.

Oscar: Es un sueño muy lindo (pausa). También tuve anoche mis sueños. Como veinte... (pausa). ¿Quieres que te los cuente?

L. M.: ¿Son sueños para apuntar o son tus... sueños? (pausa). Deja, no me los cuentes. No quiero embullarme. Ya es bastante despilfarro gastar cincuenta centavos (pausa, se abanica). Eso sí: el calor no nos faltará nunca. No tendremos calor de hogar, calor monetario, calor carnal, pero... calor tropical: por oleadas. Como los stukas alemanes: Zmmm, Zmmm, Zmmm..., ¡y venga calor! (empieza a tararear la Cucaracha con la palabra «calor») (pausa)... Y pensar que el ventilador.

Oscar (se levanta del sillón, se sienta a la mesa, coge las tijeras, empieza a picotear una hoja de periódico) ¡Mamá el desayuno! (pausa). Si tienes suerte con tu sueño, podrás comprarte el ventilador.

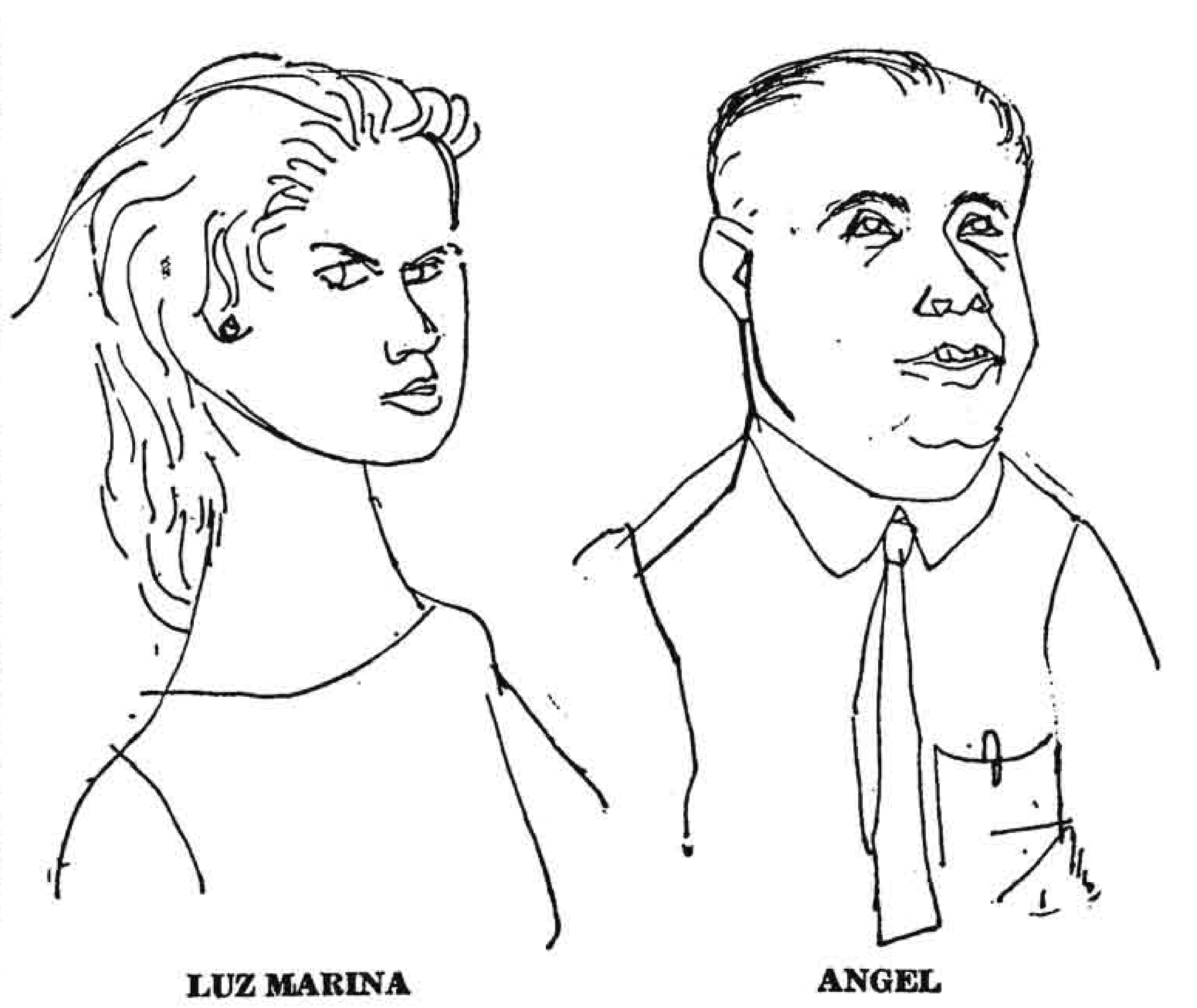
L. M.: Tengo una suerte negra. Mira si tengo mala suerte, que el otro día, Laura soñó con mosquito; vino corriendo a que le pusiera una peseta fija y otra corrida. En ese momento llegó una clienta; Laura se fue; la clienta se eternizó aquí; cuando me vine a dar cuenta, ya habían tirado la Bola. Resultado: Laura se sacó catorce pesos ,y yo...

Oscar: Olvida eso. Concentra tu pensamiento en el número de hoy. Di: que salga el 23, que salga el 23... (pausa). Si sale en el Gordo son dos mil pesos.

L. M.: Dos mil pesos... ¿Te das cuenta, Oscar? Lo que se puede hacer con dos mil pesos. Toneladas de cosas (pausa). Para empezar... el ventilador. Pero no un ventilador de dieciocho pesos; me compraría uno de pie, de esos que dan mucho aire y poco ruido, un ruido musical que acaba por adormecerte. Entonces compro uno para mamá y otro para tí (pausa). ¿Cuánto costará todo eso? (pausa). Ve anotando: tres ventiladores grandes, ciento cincuenta pesos.

Oscar: Tienen que ser mucho más caros.

L. M.: Pon trescientos pesos (pausa). Lo primero es ventilar esta casa, de arriba a



LUZ MARINA — ANGEL

abajo... (pausa) (se pone frente a la ventana y hace como si midiera el largo de la cortina). Aquí pondré una regia cortina floreada. Veinte pesos. Dos sillones cómodos, no estas porquerías, que son potros de tormento. Treinta pesos. Un sofá-cama nuevo para ti. Cien pesos. Doscientos para un viaje a Varadero. Me quiero dar ese gustazo. Cien pesos para arreglar el baño y la cocina. Se acabarán las cucarachas. Doscientos para ropa (pausa). ¿Sabes que se me ocurre? Poner una quincallita. Aquí en la ventana.

Oscar: No te olvides de mi libro. ¿Cuánto pongo?

L. M.: Eso es lo primero. Doscientos pesos, ¿es bastante? (Entra Ana con el desayuno para Oscar). Oscar, ve a lavarte la cara. Se enfría tu desayuno.

Oscar (corriendo hacia el baño) Mamá, muy pronto vas a tener ventilador...

Ana: ¿Qué dijo?

L. M.: Que vas a tener tu ventilador. Más alto que tú. Cuando tengamos los ventiladores, los stukas del calor caerán como moscas...

Ana: Luz Marina, ¿se han vuelto locos?

Oscar: (entrando de nuevo) Así es, mamá. Entran los stukas... Zmmm, Zmmm, Zmmm (hace gestos con el cuerpo y las manos imitando a un avión en picada) y se encuentran con los ventiladores: Sssss, Sssss, Sssss... (imita la forma de un ventilador porniéndose rígido y haciendo girar el brazo derecho).

(Entra Angel y tropieza con Oscar.)

Angel: Muchacho, ¿te has vuelto loco?

Oscar: Papá, cero calor (con los dedos hace el cero). Ventiladores: tres mil revoluciones por minuto. Altura: seis pies. Temperatura: veinte grados.

Angel: Oscar, deja tranquila a tu hermana.

L. M.: No está bromeando. Dice la pura verdad. El lunes, llegarán a esta casa tres ventiladores.

Angel: ¿Se sacaron el Gordo?

L. M. Yo me lo sacaré esta tarde (pausa). A propósito: si quieres oir la pelota, vete al café.

Angel (sentándose) ¡Ah, con que eran sueños... De modo que tendremos ventiladores porque en el sorteo de esta tarde...

L. M.: (lo interrumpe) ...en el sorteo de esta tarde, Luz Marina Romaguera se va a sacar dos mil pesos. ¿Lo oyes? Dos mil.

Oscar: (imitando la voz de los niños que cantan los números en el sorteo) Dos mil trescientos cuarenta y cinco: Cien pesos... Veinticuatro mil quinientos sesenta y siete: Cien pesos... Treinta y siete mil seiscientos noventa y ocho: Cien pesos... diecinueve mil veinte y cinco: Cien pesos...

(A medida que Oscar canta los números, Luz Marina va componiendo una cara de expectación. Se sienta en un sillón, echa el cuerpo hacia adelante.)

Oscar (sigue cantando números) Dieciocho mil dieciocho: Mil pesos... Doce mil setecientos sesenta y seis: Cien pesos... Catorce mil doscientos cuarenta y cuatro: Cien mil pesos...

L. M.: (da un salto, se pega a Oscar como si éste fuera el aparato de radio) ¡Salió!

Oscar (con la voz del presidente del sorteo) El 14,244 premiado en cien mil pesos.

L.M.: (con incredulidad) Oscar, ¿y si no sale? Por supuesto, el 14,244 saldrá premiado en cien mil pesos, pero, ¿y si no sale? Con la falta que me hace el ventilador... (pausa). Una dice: dieciocho pesos... Eso no es dinero; pero, ¿cuándo?, ¿en qué cochino día voy a juntarme con dieciocho pesos? (se abanica con las manos). Las ocho de la mañana, y ya estoy empapada en sudor. A las tres, asada (se deja caer en el sillón).

Ana (entrando con el desayuno de Angel) Hija, tenemos muy mala suerte. En esta casa todo sale mal. Y no es de ahora, ni de diez años a esta fecha, ha sido de toda la vida.

Angel: Con lo único que he tenido suerte es con el dominó.

L. M.: Se ve... Eres millonario. No hay más que mirarte.

Oscar: Dominado por el dominó.

Angel: Y tú... dominado por la poesía (pausa). Y ésta... por un ventilador.

L. M.: Y tú... dominado por...

Ana (la interrumpe, angustiada) ¡Luz Marina!

Angel A mí se sacas del pastel... Diviértanse ustedes (pausa). No estoy dominado por nada.

L. M.: Quien sabe...

Ana: Luz Marina, respeta a tu padre.

Angel: Esta se quiere ganar dos bofetadas... Te voy a...

L. M.: (lo interrumpe, se para) No vas a darme ningunas bofetadas. No tienes fuerza moral. Consulta tu conciencia (pausa). Lloverían sobre ti las bofetadas.

Angel (dando un puñetazo contra la mesa) Eres una descastada. Maldita sea la hora en que te hicimos (a Ana). Desde el día primero volveré a tomar la dirección de esta casa. Verán si el dinero alcanza o no alcanza. El dueño de esta casa soy yo, Angel Romaguera. Y sé lo que tengo que hacer.

Oscar (tratando de desviar la atención hacia otro tema) Luz Marina, ¿quieres ir al teatro esta noche? Dan La Malquerida. Me regalaron dos entradas.

L. M.: ¿La Malquerida? ¡Me encanta! (pausa, con intención). El padrastro enamorado de la hijastra... ¡qué cochino!

(Ana, con la cabeza baja, vuelve a la cocina.)

Laura (entrando) Buenos días.

Todos: Buenos días.

L. M.: Laura, ¿has visto La Malquerida?

Laura: No. ¿Es una novela? Por radio no la han dado.

L. M.: Es una obra de teatro. El padrastro está enamorado de la hijastra.

Laura: Dios mío, qué fuerte está eso... (pausa). ¿Qué edad tiene el padrastro?

L. M.: Más de cincuenta años (pausa). La hijastra... (a Oscar). Oscar, ¿qué edad tiene.

Oscar: No llega a los veinte.

Laura: ¿Y la madre, se entera?

L. M.: ¡Pues claro! Por una copla que canta todo el pueblo.

Laura: ¿Qué hace la madre?

L. M.: Matar.

Laura: Es muy triste. No me gusta. Esas cosas ya no pasan.

L. M.: ¿Qué no pasan? Laura, hoy más que nunca (pausa). En esta obra es el padrastro con la hijastra. Podría lo mismo ser con la prima o con la sobrina...

Laura: (a Angel) Viejo, le gusta La Malquerida?

Angel (que todo el tiempo ha estado mirando al techo, azorado) Sí, me gusta (se levanta). Perdone, Laura, me voy a recostar; esta muela me sigue doliendo (sale con la cabeza baja).

Laura: El viejo está triste. ¿No te parece Luz Marina?

L. M.: El sabrá por qué está triste (va hacia la mesa).

Laura: Los hombres sin trabajo son como leones enjaulados. Si lo sabré yo: no quiero acordarme de los dos años que Manuel estuvo cesante. Por poco se muere. Apenas comía, no hablaba, tenía que sacarle las palabras con tirabuzón.



OSCAR

DIBUJOS DE FORNES



ANA



ENRIQUE

L. M.: Pero al menos, no estaba enamorado...

Laura: ¿Enamorado? ¿Y de quién? ¿Con cincuenta años que tenía entonces en las costillas? ¿Y sin un centavo? ¿Tú crees que nadie se enamora de un viejo por su linda cara?

L. M.: En La Malquerida la hijastra se enamora del padrastro.

Laura: Eso es en La Malquerida, pero...

L. M.: (la interrumpe) Laura, no sea inocente (pausa). Mientras más viejos más enamoriscados, mientras más jóvenes más salidas del tiesto (pausa). Sin embargo, estoy de acuerdo con usted: es muy difícil que una jovencita se enamore de un viejo. En la mayoría de los casos lo hacen por pura coquetería.

Laura: ¡Qué le vamos a hacer! Todos los hombres son iguales. Me voy a mi cocina. Hasta luego.

L. M.: Hasta luego, Laura (pausa). Esta vive muy confiada. El día menos pensado se entera que su Manuel se ha enamorado de la prima o de la sobrina.

Oscar: En mal hora te hablé de La Malquerida. Vamos a tener Malquerida todo el día (pausa). Bueno, con tal que no hables del ventilador...

L. M.: ¡No me lo recuerdes! No quiero pensar cómo me voy a sentir si no sale ese número. Será como morirse en vida (pausa). Fíjate en el panorama: el billete no sale premiado, faltan veinte pesos, la muela de papá amenaza con que la lleven al dentista, mamá, que se viene abajo, y encima de todo esto: el calor. Hoy más que ayer, y mañana más que hoy... (pausa). ¿Qué estás esperando para ir a comprar el billete? Van a dar las nueve.

Oscar: (levantándose). Ya voy (pausa). «El poeta, con su linterna mágica, se aleja en busca del sueño (entra en el cuarto).

Ana: (entra, llorosa) Te saliste con tu gusto. ¿Crees que tu padre es bobo? ¿Que sacas con esos líos? Revolver más la porquería. Yo estoy resignada; que sea lo que Dios quiera.

L. M.: Lo que Dios quiera, no, mamá; lo que él quiera (pausa). Te juro que si me sobraran cincuenta pesos, se los ponía en las manos para que se largara bien lejos.

Ana: Irían a parar a manos de Beba (pausa). ¿Sabes que le hace regalitos? ¿Te acuerdas las medias que me regalaste el mes pasado? Pues se las dió a ella. Cuando estuvo por acá me dió las gracias.

L. M.: ¡Pero esto es el colmo! ¿Así que te hizo pasar por autora del regalo? ¡Y todavía quieres a ese hombre! (pausa). La historia de esta casa no es sólo los días de hambre, la falta de ropa, la luz cortada o los zapatos rotos... Es también el sufrimiento, la desesperación de tu alma. Desde que tengo uso de razón te he visto penando. Y algo peor que eso: disimulando. Que la familia no se entere, que los vecinos no oigan, que los hijos no sepan. Nos pasamos la vida hablando del calor, pero no nos atrevemos a poner los puntos sobre las íes. Y entretanto, nos vamos muriendo poco a poco.

Ana: Poco a poco... Me está matando poco a poco. Y no es que lo quiera con un amor de quince, es la vergüenza, ver que llego a la vejez para encontrarme con esto (pausa). Tienes razón: el miedo al escándalo. Sí, porque tarde o temprano se sabrá, no hay nada oculto entre cielo y tierra. Trato de comprender, pero de comprender demasiado pararía en celestina que ampara esos amores. Eso no, eso sería superior a mis fuerzas, eso se queda para las mujeres que son capaces de engañar a sus maridos. Dios sabe lo que he padecido, lo que he soportado, cómo he cerrado los ojos y dejado pasar... Pero con una sobrina, con su propia sobrina, es demasiado violento (llora).

L. M.: ¡Pobre mamá! Te compadezco. Lo peor del caso que ya no puedes dar marcha atrás. Tendrías que nacer de nuevo.

Oscar: (entra de nuevo a la sala, llega a la puerta). Dame el dinero. (Luz Marina le da un peso). ¿Y si no encuentro ese número?

(Luis sale.)

L. M.: Pues otro cualquiera. Para lo que voy a sacarme... Cero partido por cero.

L. M.: (a Ana) Si yo estuviera en tu lugar no volvería a dirigirle a papá la palabra.

Ana: No quiero destruir la paz del hogar. Yo lo dejo a su conciencia.

L. M.: ¡Por favor, mamá! La conciencia de papá es Beba. El resto le importa un comino. Y cuando se le pase, su conciencia no le va a reprochar nada.

(Ana sale).

L. M.: La conciencia de papá es como el calor que yo siento. Si algún día llego a tener mi ventilador, me olvidaré de los calores, de este abanico y de las duchas... (pausa). ¡Qué calor! Y para colmo, este resplandor... (se abanica de nuevo). Visite Cuba, paraíso tropical... (pausa). Visite a los Romaguera, en Animas 112, familia respetable que está encantada de la vida.

Fin del Cuadro Segundo

ACTO PRIMERO

CUADRO TERCERO

Un mes más tarde. Son las ocho de la noche. El mismo set. Oscar, vestido de saco, cuello y corbata está sentado en un sillón hojeando un libro. En el otro sillón, Angel leyendo el periódico.

Angel: (a Oscar) Si los alemanes siguen arrollando, pronto estarán en París. ¿Qué me dices de la toma de Dunquerque...? Tu amigo, a estas horas, debe estar huyendo (pausa). Los stukas deben andar pisándole los talones. Y esos sí matan de verdad, no son los de Luz Marina...

Oscar: Cada loco con su tema. El tuyo es la guerra; el mío, la poesía (pausa).

Angel: No vas a decirme que la poesía es más importante que la guerra.

Oscar: Para mí es mucho más importante (pausa). Además, tendría que estar mezclado en el conflicto. Desde acá resulta bien difícil sentir la guerra.

Angel: Con esa política no se va lejos. Al contrario, acercas a Hitler...

Oscar: Papá, por favor... Hablas como si viviéramos en Bélgica u Holanda.

Angel: Deja que la guerra apriete, ya verás... Empezará a faltar todo. Lo de aquí y lo de allá (pausa). Cuando la guerra del Catorce...

Oscar: No, papá; te lo suplico: no me cuentes por centésima vez lo del cañón Berta y la batalla del Marne... (pausa). ¡Luz Marina!

(Luz Marina, desde el cuarto, grita: ¡Ya voy!)

Angel: Bueno, dejemos la guerra europea (pausa). ¿Qué me dices de Grau? Ese es el hombre.

Oscar: Papá, yo nunca conoceré a Grau. No soy sargento político (pausa). No me opongo, por supuesto, a que si tú, en caso de llegar a serlo, quieres cobrarte tus servicios, le pidas un cargo de concejal para ti y una botella para mí (pausa). ¡Luz Marina!

L. M.: (desde el cuarto) ¡Ya voyyyyy!

Angel: Contigo no se puede hablar en serio (pausa). Vives en la luna (pausa). Toma ejemplo de tu hermano Enrique: seriedad, constancia, amor propio...

Oscar: (riendo) Papá, dicho así Enrique parece un fracaso de medicina: Estimulador de las vías digestivas, altamente operante, no forma hábito...

Angel: Por eso tú estás donde estás y él está donde está...

Oscar: Parece un trabalenguas (pausa). Claro, cada uno está donde está. También tú estás donde estás (pausa). En el fondo. Perdona papá.

Angel: Yo me entiendo: tu hermano gana trescientos pesos. Tú no ganas ni un centavo...

Oscar: (lo interrumpe) ¿Y tú?

Angel: No me faltes el respeto (pausa). He trabajado como un animal toda mi vida. Esas son las enseñanzas de Luz Marina. Si te pusiera veinte pesos en las manos dirías que soy el mejor de los padres.

Oscar: Perdona, papá. No he querido ofenderte, pero tampoco he dicho una mentira. Por otra parte, reconozco que la diferencia entre tú y yo es que tú no trabajas por que no encuentras pega, y yo no busco por que no quiero trabajar (pausa). ¡Luz Marina!

L. M.: (Entra corriendo, agitada, terminando de ponerse un prendedor, con la cartera abierta colgando del brazo izquierdo) Ya, querido, ya... (pausa). Hace tanto tiempo que no voy a una fiesta... No sabía qué ponerme: el vestido azul del año pasado, el que me hice la semana pasada (pausa) Por poco me pongo los dos (pausa). ¿Qué tal estoy? El rojo no me va mal.

Oscar: Te has arreglado como para ir a casa de la Condesa de Revilla de Camargo... (pausa). Para no decirte que si te presentas así chez madame la contesse, los criados te sacan por la puerta de servicio (ríe a carcajadas).

L. M.: ¿Y tú? Saco, cuello y corbata.

Oscar: Pero todo roto, informal (pausa). Mira: corbata deshilachada (se para). Y mira: fondillos remendados (enseña los fondillos).

L. M.: ¿Qué quieres? ¿Qué vaya desnuda? ¿Con un pullover y en refajo? Yo no soy intelectual (pausa, saca un abanico de la cartera). Vestida de invierno con este calor horroroso. Por lo visto, enero será como diciembre (pausa). ¿Cómo seré en mil novecientos cincuenta? Más vieja, más cansada, con patas de gallina, asada por el calor, y aburrida de todo.

Oscar: ¿Y en el sesenta?

L. M.: ¿En el sesenta? Ni hablar... ¡De miedo! Ojalá no llegue al sesenta; pero llegaré, porque hasta esa mala suerte voy a tener. No tengo ni el derecho a reventar. Es más probable que un rico muera de sus hartazgos que yo de mis miserias.

Oscar (tomando el libro) No está mal, ¿verdad?

L. M.: ¡Cómo va a estar mal, está sublime! Este libro tiene que consolarme de la ausencia del ventilador (pausa). Oye, ¿qué quiere decir, exactamente, «Juegos Profanos»? Es un título que suena bien, pero no lo entiendo del todo.

Oscar: Juegos de este mundo, juegos que no son sagrados.

Angel: ¿Tú crees que no hay nada sagrado?

Oscar: En este mundo, nada. Todo es profanable (pausa). Ya ves: Ventilador profanado, Luz Marina profanada... (pausa).

L. M.: ¿Con cuánto hay que ponerse para la fiestecita por tu libro profanador?

Oscar: Un peso por cabeza.

L. M.: Pues uno de los dos se queda; tengo nada más que un peso.

Oscar: No te preocupes. Enrique va a venir. Le dije por teléfono que mamá no se sentía bien. Le picaré un peso.

L. M.: Te dará una peseta. Cuota fija.

Angel: ¿Y quién se quedará con su madre? Yo no puedo, tengo sesión en la logia.

L. M.: La logia no se va a caer porque tú dejes de asistir a una sesión de... dominó (pausa). Además, dime: ¿cuándo salgo yo, cuándo?

Oscar: Papá, ponte en razón: Luz Marina se pasa la vida entre estas cuatro paredes, que por cierto, son bien desagradables. ¿Qué te cuesta quedarte una noche acompañando a mamá?

Angel (reflexionando) Está bien, me quedo. Con tal de no oir a ésta con sus lamentaciones.

Enrique: (entrando) ¿Qué dice la familia? ¿Y mamá. Está en cama?

Angel: Nada de cuidado. Le duele la cabeza.

Enrique: (a Luz Marina, a Oscar) ¿Y qué se van de parranda?

L. M.: Vamos a celebrar la salida del libro de Oscar. Es una preciosidad (a Oscar). Dáselo, Oscar.

Oscar (le pasa el libro a Enrique) Salió, pese a quien le pese...

Enrique: (mirando la portada) ¡Caramba! «Juegos Profanos»... Debe ser muy importante... (empieza a hojearlo).

L. M.: (a Oscar) ¿Te parece que es demasiado llevar collar y prendedor?

Oscar: Aunque te quitaras las dos cosas seguirías siendo antigua. Así que déjalos donde están.

(Enrique, a medida que hojea el libro ríe entre dientes, después un poco más fuerte, mueve la cabeza, cruza las piernas.)

L. M.: ¿Qué te parece?

Enrique: Muy moderno, modernísimo... (vuelve a reir).

L. M.: Eso no es decir nada. ¿Es bueno o es malo?

Enrique: (sigue riendo) No sé... No sé...

Oscar: ¿No estás viendo que es un burro?

Enrique (deteniéndose en un poema) ¡Increíble!

L. M.: ¿Alguna errata?

Enrique: ¿Qué más quisiera yo.... No, nada de erratas (a Angel). Papá, escucha:

El notario tomista desoye a las sirenas
obturando sus oídos con niños dormidos
.. ..

¿Te fijas? Un notario puede ser moral, inmoral, hábil, turbio, probo, diligente, moroso, intrigante, pero... tomista! (pausa). Pago cien pesos por cada notario tomista que me presenten (pausa). Sin embargo, la cosa se complica: el notario... tomista, obtura sus oídos con niños dormidos... (Ríe a carcajadas) Esto se parece al Premio de París: millones de francos para el hombre que logre alumbrar un niño (pausa). Por más esfuerzos que haga, un notario, tomista o no tomista, nunca logrará meterse un niño en los oídos. Y para colmo, dormido... (cierra el libro y lo pone sobre el sofá). Viejo, estás loco de remate (pausa) (a Luz Marina). ¿Con cuánto te pusiste?

L. M.: Con veinte pesos, y no estoy arrepentida.

Enrique: Luz Marina, por favor, trata de comprender: no es posible que no estés arrepentida. En el fondo de tu alma, te ríes de este engendro.

Oscar (desdeñoso) Dame un peso (tiende la mano).

Enrique: (sacando un peso de la cartera) Te lo has ganado (se lo da). Hace siglos que no me reía tanto (pausa). En serio: puedes hacer dinero leyendo tus poemas en público.

L. M.: (se abanica) ¿Te parece que hoy hemos tenido más calor que ayer?

Enrique: Muchísimo más. Máxima: treinta y tres grados a la sombra. Mínima: veinticinco grados, a las siete de la mañana. (pausa) Si la cosa sigue así, pasaremos las Pascuas en Nueva York.

L. M.: Eso quiere decir que estás planeando. En los gastos de viaje pon los veinte pesos que no diste el mes pasado y los veinte de este mes.

Enrique: Todavía no estoy planeando. Depende de muchos poquitos (pausa). Si en vez de darle veinte pesos a este vago...

Angel: Ahora mataremos el hambre con niños dormidos...

Enrique (riendo) ¡Formidable, papá (vuelve a sacar la cartera).

L. M.: ¿Qué, vas a darme los veinte pesos?

Enrique (le da un peso a Angel) Para ti, papá. Te lo has ganado en buena lid (a Oscar). ¿Ya ves? Tu libro hace reir. Toma nota.

Oscar (se levanta) (a Enrique) Oye este verso; te lo dedico:

A fin de que su linda caquita no se (pierda,
Mi hermano Enrique se tapa el trase- (ro con
un peso plata...

A Luz Marina) ¡Vamos! (salen riendo a carcajadas).

Angel: (riendo también) ¡Te la dejó en la mano!

Enrique: (azorado) ¿Qué

Angel (riendo todavía) Eso que acaba de decirte (pausa). ¿No te parece graciosa?

Enrique (se levanta) No me hace ninguna gracia (pausa). Veré un momento a la vieja (va al cuarto).

Angel (mirando hacia el cuarto, saca de un bolsillo la foto de Beba, la besa) Si creen que voy a quedarme se equivocan de medio a medio... Chinita, ¿cómo tu papi no te va a ver el día de tu santo? (del bolsillo interior del saco saca una cajita). Mira tu regalito: un prendedor. Ojalá te guste mucho... (la vuelve a meter en el bolsillo).

Enrique: entrando de nuevo) Papá, la vieja te llama. Está un poco mareada. Me voy a terminar un trabajo; si pasa algo me llamas por teléfono. Hasta luego.

Angel: Hasta luego (pausa, se queda parado junto a la mesa como pensando qué dirá a su mujer; por fin se dirige al cuarto) (desde el cuarto de Ana llegan rumores de voces: después se escucharán exclamaciones confusas, un poco más tarde, las voces subirán de tono).

Angel: No me importa nada; tengo que ir...

Ana: Pero una noche que faltes, Angel, ¿qué importancia puede tener?

Angel: No me vas a ablandar; me largo... (aparece en el marco de la puerta). Me largo... Le hubieras dicho a Luz Marina que se quedara.

Ana: (apareciendo detrás de él) Ella tiene muy pocas oportunidades de distraerse. ¿Te parece justo que se pase el año cosiendo para afuera? Todo lo que gana lo mete en la casa.

Angel (llegando hasta la mesa) Pues que no lo meta... Que se case, que se largue... Siempre me pones a Luz Marina por delante (pausa). No vas a convencerme. Tengo que ir a la logia.

Ana (llegando junto a él) Angel, por tus hijos te lo pido: no puedo quedarme sola (pausa). Estoy más mareada que nunca...

Angel: Llamaré a Laura; ella te acompañará.

Ana: Laura ha salido. Su hijo la vino a buscar.

Angel (con rabia) ¡Pues te quedarás sola! (camina hacia el sofá).

Ana: (llega junto a él, lo abraza) ¡Angel, estás provocando a Dios!

Angel: ¡Qué Dios ni que ocho cuartos! (pausa). No me hagas escenas: es lo único que faltaba... (pausa). Estamos muy viejos para esto.

Ana: (apartándose, violenta) Muy viejos para esto, pero jóvenes para otras cosas...

Angel: ¿Qué estás diciendo?

Ana: Yo sé, yo sé...

Angel: ¡Acaba de decirlo! ¿Qué sabes? No hay nada por saber.

Ana (con voz entrecortada) Beba...

Angel: ¿Qué tiene que ver Beba en todo esto?

Ana (llorando) Yo sé, yo sé... Beba... (no puede continuar).

Angel (va hacia el librero, coge el pajilla) Déjate de infundios. Me largo.

Ana: (corre junto a él y le arrebata el pajilla) Y yo te digo que no irás a verla (pausa). Estás metido con Beba.

Angel: Métete en tus propios asuntos.

Ana: Por eso mismo te suplico que no vayas. Corta con Beba. Todavía estás a tiempo... (pausa). Dios mío qué paciencia he tenido (pausa). No creas que lo sé de hoy o de la semana pasada; hace meses que esto me muerde el corazón, el hígado; hace meses que esto da saltos en el vientre como hijo monstruoso que pugna por abrirse paso para devorarme (pausa).

Angel: Te has pasado la vida viendo fantasmas...

Ana: ¡Fantasmas, Angel, fantasmas? (pausa) Mira que la lista de fantasmas es bien larga... Fantasmas de carne y hueso... Lolita, Julia, Cachita, Isabel... (pausa). Mira que puedo refrescar tu memoria.

Angel: Piensa lo que quieras.

Ana: Con todas ésas, he cerrado los ojos, he dejado pasar. No dirás que no he sido comprensiva, que no he sido lo bastante imbécil... ¿Te acuerdas cuando tenías esta casa y otra? Entonces yo era joven, hubiera podido protestar, pero preferí callarme. Por mis hijos estaba dispuesta a cualquier sacrificio (pausa). Pero con tu propia sobrina...

Angel: Yo quiero a Beba como un padre...

Ana: No seas hipócrita: la quieres como un hombre desea a una mujer (pausa). No te revuelcas en la cama por el dolor de muelas, te revuelcas pensando que la abrazas... (pausa). Muchas veces me dices Beba, y cuando te das cuenta de la metida de pata te pones colorado como un camarón (pausa). ¿Y la foto? ¿Qué me dices de la foto que ella te dió?

Angel: ¡Qué estás diciendo! ¿Te has vuelto loca?

Ana (sonriendo tristemente) Loca quisiera estar. Sí, la foto que ella te regaló (pausa). ¿Quieres que te diga la dedicatoria?: «A mi querido tío Angel, de su adorada sobrina Beba» (pausa).

Angel: Beba me quiere mucho; soy su tío predilecto. Y su padrino.

Ana: Beba se burla de ti; es sata de nacimiento...

Angel: (se va arriba a Ana, le pega) ¡Mentirosa! Beba me... (desconcertado, se calla).

Ana: (cae en el sillón), ¡Dilo! Ten el valor de decirlo. Di que Beba te adora... (pausa). Oye bien esto: Beba no te adora, Beba te está tomando el pelo miserablemente.

Angel: No me provoques... Mira que el asunto puede ponerse más feo de lo que está...

Ana: ¿Por qué no te vas a Camagüey unos meses? (se levanta, se acerca a él). Estás endemoniado. Trata de comprender. Piensa que Gaspar y Marta pueden enterarse... ¿Cómo te justificarías ante ellos?

Angel: (llorando) ¡No puedo más! Voy a hacer un disparate. Es verdad, estoy endemoniado (pausa). De verdad piensas que Beba no me quiere?

Ana: ¿Te ha dicho que te quiere? ¿Te ha dado pruebas?

Angel: Mentiría si te dijera que me ha dado una palabra, pero tu sabes que las mujeres se pintan solas para decir las cosas sin abrir la boca.

Ana: Esa juega contigo como el gato con el ratón... Sabe de sobra que ella te gusta, y como es una salida del tiesto, te coquetea, te hace concebir esperanzas que está muy lejos de cumplir.

Angel: Me voy a volver loco (pausa). Perdóname Ana, soy un desalmado, no merezco el pan que me como en esta casa. Desprécíame, sepárate de mí...

Ana: Yo no te desprecio, yo te quiero; eres el padre de mis hijos (pausa). Pero reflexiona. Aparta a esa mujer de tu camino. Nada sacarás de ella, como no sea sinsabores y el ridículo (pausa). Prométeme que no irás esta noche.

Angel: Te lo prometo; iré directamente a la logia.

Ana: Estás mintiendo. Tienes el pensamiento, los ojos, el corazón, puestos en casa de Beba; te falta tiempo para llegar hasta ella (pausa). Nunca me has querido, y lo que es peor: nunca me has estimado (pausa). He levantado un edificio para que al final de mi vida lo vea derrumbarse sobre mí. Yo te hice gente, me casé contigo con la oposición de mi familia, casi me fui de mi casa (pausa). ¿Y tales sacrificios, nada te importan?

Ana: Perdóname, perdóname... (la abraza).

Ana: ¿Entonces, te quedas?

Angel: Ana, por lo que más quieras en este mundo. Por tus mismos hijos te lo pido: déjame ir a casa de Beba. Te prometo que será la última vez. Después haré lo que tú mandes (pausa). Comprende: es una sed devoradora que debo calmar. Me abraso. Me he pasado el día esperando ese momento (pausa). Además ella me espera...

Ana: Te espera para hacerte sufrir. Nunca hubiera pensado que una niña de quince años abrigara tanta maldad (pausa). Convéncete de una vez, por todas, que nunca será tuya.

Angel: Es muy fácil de decir, pero aceptarlo... (pausa). Te juro que soy capaz de matarla...

Ana: Piensa en tus hijos; yo no cuento para nada en tus sentimientos, pero tienes cuatro hijos. Yo estoy resignada, y ya ves, lo sé todo, y acepto tranquilamente que tu descargues tus penas sobre mí (pausa). Pero tus hijos... Te odiarán eternamente.

Angel: ¿Tú crees que Luz Marina sepa algo? Cuando hablaba de La Malquerida —te acuerdas— lo hacía con doble sentido.

Ana: Es muy probable; tú sabes que las mujeres tienen un sexto sentido en asuntos amorosos.

Angel: Luz Marina me odia.

Ana: No te expreses con ese lenguaje. Luz Marina podrá tener sus malacrianzas, pero odiarte... (pausa). Pero no mezcles a Luz Marina en esto. Mañana te vas a Camagüey.

Angel: Te lo prometo. No volveré hasta que Beba se me quite de la cabeza (pausa). Voy a dar una vuelta; necesito estar solo.

Ana: Tratas de engañarme, pero te engañas a ti mismo (pausa). Ni vas a dar una vuelta ni tampoco irás mañana a Camagüey (pausa). Haz lo que mejor te parezca. Ya veo que nada te detiene (pausa). Me estás viendo morir poco a poco, sabes que el escándalo estallará de un momento a otro, y sigues en tus trece... Allá tú (pausa). Pero te advierto que desde hoy te retiro la palabra.

Angel: Ana, sólo esta noche; no haré visita larga, pero déjame verla, lo necesito (pausa). Si quieres, ven conmigo...

Ana: ¿Sabes la enormidad que me propones? Hacer causa común contigo (pausa). Aquí, encerrada entre estas cuatro paredes, soy tu confidente, aunque el corazón se me parta en pedazos, por exponerme a las vejaciones, a los sarcasmos de Beba. ¿Es que no guardas la menor consideración? (pausa) Ya es bastante tener que soportarla cuando viene a mi propia casa a coquetear en mis narices (pausa). Se humedece los labios, se pinta y se vuelve a pintar, deja que le pongás un cojín en la espalda, te roza las manos cuando le pones la taza de café en las suyas (pausa). Y las miradas...

Angel (desesperado, loco de pasión) ¡No sigas, no sigas!

Ana: Todo eso, afrentas, vejaciones, he soportado sin chistar. Con ganas de irle arriba y ahogarla, y siempre conteniéndome, siempre callada. ¿Qué más quieres? ¿Qué los lleve a los dos a la cama?

Angel: Me voy. Me ahogo (pausa, vuelve a coger el pajilla) (llega a la puerta, quita el gancho, sale dando un portazo).

(Ana oculta la cara entre las manos; (pausa larga) se levanta trabajosamente, camina hacia su cuarto. Apaga la luz de la sala. Entra finalmente en el cuarto.

Fin del Cuadro Tercero

EUGENE IONESCO

La fotografía del Coronel

Una tarde el arquitecto municipal y yo fuimos a ver un rico distrito residencial: un suburbio de casas blancas rodeadas de jardines llenos de flores y calles anchas alineadas con árboles. Relucientes autos nuevos estaban estacionados frente a las entradas, los senderos y los jardines. La brillante luz del sol se desbordaba desde el cielo azul. Me quité el abrigo y lo crucé sobre el brazo.

—En esta parte del pueblo —decía mi compañero— el tiempo es siempre agradable. La tierra tiene un alto precio y las villas están construidas con los mejores materiales. Solamente la gente desahogada, los felices, los sanos, los cordiales viven aquí.

«Ya veo. Mire —señalé— «los árboles ya comienzan a florecer y la luz es filtrada pero nunca lo suficiente como para hacer sombra sobre las fachadas de las casas mientras que en el resto de la ciudad el cielo es gris como el cabello de una vieja, la nieve congelada todavía se aferra al borde de las aceras y el viento sopla fríamente. Esta mañana hacía mucho frío cuando me levanté. Qué curioso es encontrarse aquí en medio de la primavera como si súbitamente hubiéramos sido llevados mil millas hacia el Sur. Cuando uno toma un avión muchas veces uno siente que está siendo testigo de la transfiguración del mundo. Y sin embargo uno tiene que ir al aeropuerto y volar por lo menos dos horas para poder ver cómo el paisaje se transforma en, por ejemplo, la Riviera. Sin embargo aquí no hemos hecho más que tomar un corto viaje en tranvía y este viaje, si siquiera lo puede llamar viaje, tuvo lugar en los mismos lugares. Si usted me perdona el juego de palabras. Le aseguro, dije con una sonrisa intencionada «¿Cómo da cuenta de esto? ¿Es este distrito más abrigado? No veo ninguna colina que lo proteja del mal tiempo. De todos modos como todo el mundo sabe las colinas no apartan a las nubes ni nos protegen de la lluvia. ¿Hay acaso brillantes corrientes de aire caliente viniendo de arriba o de abajo? Pero si ese era el caso habríamos sabido de él. No hay viento pero el aire huele fresco. Es muy curioso».

«Simplemente es una isla» —replicó el arquitecto municipal. Un oasis así como en el desierto algunas veces usted ve asombrosas ciudades levantarse de en medio de la árida arena, cubiertas de rosas frescas y rodeadas de fuentes y ríos».

«Ah sí. Tiene usted razón. Usted quiere decir esa clase de ciudades que se llaman espejismos», dije yo para no parecer ignorante.

Por entonces íbamos nosotros caminando junto a un parque que, según advertí, tenía un estanque en su centro. Caminamos cerca de una milla y media a través de villas, residencias privadas, jardines y flores. El tiempo calmo era perfecto, descansado, demasiado tal vez, comenzó a ser turbador.

«¿Por qué no vemos a nadie en las calles?», pregunté. Somos los únicos transeúntes. Sin duda debe ser la hora del almuerzo y todo el mundo está metido en casa. Pero ¿por qué no oímos risas y campaneos de cristales? No se escucha un solo sonido. Todas las ventanas parecen estar cerradas».

Nos habíamos detenido ante dos edificios que parecían haber sido abandonados antes de ser terminados. Allí estaban, a medio fabricar, blancos en medio del verdor, esperando a los constructores.

«¡Están placentero aquí», dije. «Si fuera rico, —gano tan poco, me compraría una de estas parcelas. En pocos días la casa estaría construída y no tendría que vivir más entre los infelices, en ese sucio suburbio, en esas calles fabriles oscurecidas por el invierno, polvo o fango. El aire huele tan bien aquí», dije inhalando el blando pero potente aire que intoxicó mis pulmones.

Mi compañero tejió sus cejas. «La policía ha suspendido toda construcción en esta área. Era una medida sin sentido porque de todas maneras nadie estaba comprando estas parcelas. Hasta los residentes de este distrito quieren mudarse pero no tienen otro lugar donde vivir. Si no fuera por eso ya hubieran empacado. Tal vez para ellos es una cuestión de honor el no huir. Prefieren permanecer escondidos en sus hermosos hogares. No salen sino en caso de extrema necesidad y entonces lo hacen en grupo de diez o quince. Aún así hay peligro».

«Usted bromea. ¿Por qué se pone tan serio? Está oscureciendo el día con su charla. ¿Quiere usted desanimarme».

«Le aseguro que no bromeo...».

Sentí un súbito dolor en mi corazón. Todo se ensombreció a mi alrededor. El paisaje resplandeciente en el que me había arraigado y que se había convertido en parte de mí mismo o yo me había convertido en parte de él, se convirtió completamente ajeno a mí, no era más que un paisaje en un cuadro, un objeto inanimado. Me sentí sólo, fuera de todo, perdido en una muerta claridad.

«Explíquese», imploré. «Yo que esperaba un paseo placentero. Era tan feliz hace unos momentos».

Volvíamos sobre nuestros pasos en dirección hacia el estanque.

«Este es el sitio» dijo el arquitecto municipal. Aquí es donde encuentran dos o tres ahogados todos los días».

«¿Ahogados?».

«Venga y compruebe por sí mismo que no estoy exagerando».

Lo seguí. Desde el borde del estanque podía ver que en efecto el cuerpo hinchado de un oficial del cuerpo de ingenieros, flotaba sobre el agua, así como el de un niño pequeño de cinco o seis años de edad, enrollado en su aro y todavía sosteniendo su varilla en su mano crispada.

«Hay tres hoy», murmuró mi guía. «Allí hay otro», señaló con su dedo.

Una cabeza roja que yo había tomado como vegetación acuática emergió de las profundidades pero se mantenía atrapada debajo del borde de mármol del estanque.

«Que horrible. Creo que es una mujer».

«Aparentemente», dijo encogiéndose de hombros. «El otro es un hombre y allí hay un niño. Eso es todo lo que sabemos».

«Tal vez ella es la madre del pequeño... Que triste. ¿Quién haría esto?».

«El asesino. Es siempre la misma persona. No lo pueden atrapar».

«Pero nuestra vida corre peligro. Vámonos de aquí», grité.

«Mientras esté conmigo no corre peligro. Yo soy el arquitecto municipal un

funcionario de la ciudad y el asesino no ataca la administración. Cuando me retire será otra cosa, por supuesto, pero por el momento...».

«De todos modos vámonos de aquí», dije.

Caminamos con paso rápido. Corría prisa que me alejara del rico distrito residencial. Los ricos no son siempre felices, pensé sintiendo una increíble turbación. De pronto me sentí fatigado, amargado, que la existencia no valía la pena. «¿Para qué sirve todo?», me dije a mí mismo «si es así como terminamos».

«Seguramente usted espera que sea capturado antes de que se retire usted?», pregunté.

«Eso no es tan fácil. Debe saber que estamos haciendo todo lo posible», replicó con un aire de luto. Después agregó: «Por ahí no. Perderemos nuestra dirección y seguiremos dando vueltas y vueltas en círculo».

«Muéstrame el camino. Ah. El día había comenzado tan bien. Pero ahora siempre veré a esos ahogados, esa imagen nunca abandonará mi memoria».

«No debía haber dejado que los viera».

«No tiene remedio. Es mejor saberlo todo, mejor que saberlo todo».

En unos momentos habíamos salido del distrito residencial al final de un camino en el borde de un bulevar frente a una parada de tranvías. Algunas personas estaban allí paradas esperando. El cielo era sombrío Estaba helado. Me puse el abrigo y envolví mi bufanda alrededor del cuello. Lloviznaba agua mezclada con nieve y el pavimento estaba mojado.

«¿Usted no tiene que volver a casa inmediatamente?», el comisionado me preguntó (así fue cómo averigüé que también era comisionado). «Seguramente tiene tiempo para tomarse un trago conmigo».

El comisionado parecía haber ganado nuevamente su aire feliz. Yo no.

«Hay un bar allí, cerca de la parada de tranvías. También venden coronas».

«No tengo sed, sabe».

«No se preocupe. Si uno habita en todas las desgracias de la humanidad uno no puede seguir viviendo. Todos los días niños son destrozados, los viejos mueren de hambre, huérfanos, viudas, los agonizantes».

«Sí, señor Comisionado, pero lo he visto tan cerca con mis propios ojos que no puedo mantenerme despreocupado».

«Usted es demasiado impresionable», replicó mi compañero dándome una palmada en el hombro.

Entramos en el bar.

«Trataremos de alegrarnos... Dos cervezas», ordenó.

Nos sentamos cerca de la ventana. El rollizo propietario, vistiendo un chaleco y con las mangas arremangadas que dejaban ver sus enormes brazos peludos, se acercó a servirnos.

«Para ustedes tengo una buena cerveza».

Traté de pagarle.

«No. No», dijo el Comisionado. «Esta va por mí».

Todavía me sentía deprimido.

«Si solamente usted tuviera su descripción», dije.

«Pero la tenemos. Al menos la que usa al operar. Su retrato ha sido publicado por toda la ciudad».

«¿Cómo la consiguieron?».

«Por los ahogados. Algunas de sus víctimas, en su agonía final, volvieron en sí por un momento y nos han dado detalles adicionales. También sabemos cómo juega su juego. Todo el mundo lo sabe en el distrito».

«¿Pero cómo es que no son más prudentes? Todo lo que tienen que hacer es estar en guardia».

«No es tan simple como eso. Le digo que todas las noches dos o tres caen en la trampa. Pero él nunca se deja atrapar».

«Todavía no comprendo».

Me sorprendió el que esto pareciese divertir al arquitecto.

«Mire», dijo, «allí en la parada de tranvías es donde él ataca. Cuando los pasajeros se desmontan, volviendo a sus casas, se les acerca disfrazado de mendigo. Llora, pide dinero, trata de explotar su lástima. Ese es el truco usual. Dice que acaba de ser dado de alta en el hospital, que no tiene trabajo pero que lo está buscando, no tiene donde pasar la noche. Pero eso es sólo el principio. Separa a una buena alma, comienza a conversar con ella, se le pega y no la deja por un momento. Trata de venderle algunas chucherías que lleva en su cesta: flores artificiales, tijeras, fotos obscenas, toda clase de cosas. Generalmente sus ofertas son rehusadas, la buena alma está apurada y no tiene tiempo. Así la acompaña hasta que están cerca del estanque. Entonces, súbitamente, hace su jugada maestra: le ofrece enseñarle la fotografía del coronel. Es irresistible. Como no hay mucha luz la buena alma se inclina sobre ella para verla mejor y entonces está perdida. Aprovechando su oportunidad la empuja y la hace caer en el estanque. Se ahoga. El hecho está cometido. Todo lo que tiene que hacer es buscarse una nueva víctima».

«Lo que es asombroso es que reconociéndolo se dejen sorprender por él».

«Es una trampa. Eso es lo que es. Es ingenioso. Nunca se ha dejado atrapar en el acto».

«Mecánicamente miré a través de la ventana a la gente que bajaba del tranvía que acababa de llegar. No vi ningún mendigo».

«No lo verá», dijo el Comisionado adivinando mis pensamientos. «No se mostrará porque sabe que estamos aquí».

«Tal vez deberían poner un hombre vestido de civil permanentemente de guardia aquí».

«Eso no es posible. Nuestros inspectores están agobiados de trabajo, tienen otros deberes que cumplir. Además ellos también querrían ver la fotografía del coronel. Cinco de ellos ya han perecido ahogados. Ah. Si siquiera tuviéramos evidencia. No tendríamos problema en encontrarlo».

Me despedí de mi acompañante no sin antes haberle agradecido por su amabilidad al reseñarme el rico distrito residencial y dejarse entrevistar sobre el interesante tema de estos crímenes imperdonables. Ay pero sus interesantes revelaciones nunca aparecerán en un periódico. Nunca he sido periodista ni pretenderé serlo. La información del arquitecto-comisionado me fue dada gratuitamente. Y me ha llenado de angustia, gratuitamente. Embargado de tristeza llegué a mi casa.

Edouard me esperaba en el bajo, triste, otoñal recibidor. (La electricidad es cortada durante el día). Allí estaba él, sentado sobre un cofre cerca de la ventana, vestido de negro, delgado, con su cara triste y pálida y sus ojos que ardían. Probablemente todavía tenía un poco de fiebre. Notó que yo estaba afectado y me preguntó por qué. Cuando comencé a relatarle mis experiencias me detuvo en las primeras palabras. El conocía toda la historia me dijo en su voz casi infantil y estaba sorprendido que ya no la hubiese escuchado mucho antes. Toda la ciudad la conocía. Ahí el por qué él nunca la había mencionado. Era algo del cual todos habían hablado durante mucho tiempo y ahora que son noticias viejas ha sido asimilada pero desgraciadamente por cierto.

«Muy lamentable», yo dije.

Yo no quise encubrir mi sospecha de que él no estaba más turbado. Pero tal vez yo era injusto, tal vez su pensamiento estaba concentrado en el mal que lo consumía, ya que él estaba tuberculoso. Uno nunca espera conocer el corazón de los demás.

«Le gustaría salir a caminar por un rato?», pregunté él. «Te he estado esperando por más de una hora, y me estoy congelando aquí en tu casa. Seguramente tiene que estar más caliente afuera».

Aunque estaba deprimido y exhausto (hubiera preferido irme a la cama) consentí en salir con él.

Se levantó, se puso su sombrero de fieltro con la cinta negra y su abrigo gris oscuro. Después recogió su pesado maletín de mano pero lo dejó caer antes de dar un paso. El maletín se abrió al caer al piso. Los dos nos inclinamos al mismo tiempo. De uno de los pliegues del maletín salieron unas fotografías, que mostraban un coronel en uniforme de gala, con bigotes: un coronel con una buena cabeza. Colocamos el maletín sobre la mesa para buscar en él con más facilidad. Sacamos varios cientos más de fotografías del mismo tipo.

«¿Qué significa esto?», pregunté. «Esta es la fotografía, la famosa fotografía del coronel. La tenías aquí y nunca me dijiste una palabra acerca de eso».

«Yo no me paso la vida mirando en mi maletín, replicó.

«De todas maneras es tu maletín y siempre lo llevas contigo».

«Esa no es razón».

«De todos modos aprovechemos la oportunidad mientras podamos y sigamos mirando».

Hundió su mano blanca de enfermo con sus dedos torcidos en los otros pliegues del enorme maletín negro. Entonces sacó (¿Cómo podía contener tanto?) increíbles cantidades de flores artificiales, fotos obscenas, caramelos, bancos de juguetes, relojes de niños, pasadores, plumas de fuentes, cajas de cartón y no sé qué más: cien objetos y unos cuantos cigarrillos («ésos son míos», dijo él) la mesa estaba llena hasta desbordarse. Estas son las cosas que usa el monstruo», grité, «y tú las tenías ahí».

«No lo sabía».

«Sácalo todo, vamos».

El continuó sacando cosas. Ahí había tarjetas de visita con el nombre y la dirección del criminal. Su tarjeta de identidad completa con fotografía, y además, en un pequeño estuche unos pedazos de papel en los que estaban escritos los nombres de todas las víctimas, y un diario íntimo que ojeamos con todos sus detalles reveladores, sus proyectos, su plan de acción descrito con minuciosidad, su declaración de fe, su doctrina.

«Tú tienes toda la evidencia ahí mismo. Lo podemos hacer arrestar».

«Yo no sabía», murmuró, «yo no sabía».

«Tú podías haber salvado tantas vidas humanas» le reproché.

«Me siento avergonzado. No sabía. Nunca sé lo que tengo, y no tengo el hábito de mirar en mi maletín».

«Es una negligencia condenable», dije.

«Pido perdón, lo lamento mucho».

«Y realmente, Edouard, estas cosas no entraron por sí solas en tu maletín. O las encontraste, o las recibiste».

Sentía lástima por él. Se había ruborizado, y estaba realmente avergonzado.

Trató de recordar.

«Ah, sí», gritó después de varios segundos». Lo recuerdo ahora. El criminal me envió su diario privado, sus notas, sus listas hace mucho tiempo, implorándome que las publicara en una revista literaria. Eso fue mucho antes que él cometiera los asesinatos, y lo había olvidado por completo. En ese momento no se me ocurrió que él los perpetraría. Debe haber sido después que él decidió llevar a cabo sus planes. Para mí esto era como un sueño, sin relación con la realidad, una especie de ciencia ficción. Ahora, por supuesto, lamento que no consideré el asunto cuidadosamente, y que no asocié estos papeles con los hechos subsiguientes».

«En todo caso, esta relación es entre intención y realización, ni más ni menos. Es tan claro como la luz del día».

También sacó del maletín un largo sobre que abrimos. Contenía un mapa. Un mapa detallado, cuidadosamente marcado para mostrar todos los lugares donde había sido encontrado el asesino, y daba su horario exacto, minuto por minuto.

«Es simple», le dije, «notificaremos a la policía y todo lo que tendrán que hacer es echarle el guante. Apurémonos, la oficina de la policía se cierra antes de que siga la noche. Si demoramos, no habrá nadie allí, y tal vez ya mañana él haya cambiado su horario. Vamos a ver al arquitecto para enseñarle la evidencia».

«Está bien», dijo Edouard un poco indiferente.

Salimos a la carrera y en el corredor tropezamos con el conserje, que gritó «¿qué significa esto..?». El resto de la oración se perdió en el viento.

Cuando llegamos a la avenida principal estábamos sin aliento y tuvimos que detenernos. A la derecha se extendían campos arados hasta donde alcanzaba la vista. A la izquierda se alzaban los primeros edificios de la ciudad y frente a nosotros el sol poniente teñía de púrpura el cielo.

Algunos árboles deshojados se arrastraban a los lados de la avenida. Solamente había unos pocos transeúntes. Seguimos la línea del tranvía (había cesado el servicio), que se extendía lejos en la distancia. Tres o cuatro camiones militares (no sé de dónde vinieron) súbitamente nos bloquearon el camino. Estaban estacionados junto a la acera que en este punto yacía bajo el nivel de la calle que parecía a causa de esta diferencia de nivel, haber sido levantada.

Fue afortunado que Edouard y yo tuviesemos que hacer una pausa para recobrar el aliento, porque yo advertí de pronto que mi amigo no tenía el maletín con él.

«¿Qué has hecho con el maletín?», dije yo.

¡El arrebatado! En nuestra prisa lo habíamos dejado en la casa. «No tiene objeto que vayamos a ver al comisionado sin nuestra evidencia. ¿En qué estabas pensando? Eres incomprensible. Vuelve rápidamente y búscalo. Yo seguiré a ver si aunque sea puedo prevenir al Comisionado y hacerlo esperar. Apúrate y vuelve a la casa y trata de reunirte conmigo lo antes posible. La prefectura está al final de la calle. No me gusta estar sólo en una misión como ésta. Es enervante, tu comprendes». Edouard desapareció. Comencé a experimentar una sensación de miedo. Aquí la acera había descendido aún más, tanto que se debían haber construido algunos escalones, cuatro para ser exactos para que los transeúntes pudieran tener acceso a la calle. Por ahora yo estaba muy cerca de uno de los grandes camiones en el centro de la línea. Este era un camión abierto con hileras de bancos en los que estaban sentados muy apretados cuarenta jóvenes soldados en uniformes oscuros. Uno de ellos tenía un gran bouquet de claveles rojos en la mano. Lo estaba usando como un abanico.

Varios policías llegaron para dirigir el tráfico, soplando fuertemente sus pitos. Les estaba muy agradecido por su ayuda, el tranque no me dejaba pasar. Estos policías eran muy altos. Uno de ellos, que estaba parado junto a un árbol lucía más alto que el árbol mismo. Cuando levantaba su bastón.

Después vi a un pequeño, modestamente vestido hombre con el cabello blanco, sombrero en la mano, parado junto al policía cuya gran estatura lo hacía parecer más pequeño aún. Le preguntaba muy cortesmente, tal vez muy cortesmente, pero con gran humildad por alguna pequeña información. El policía, sin interrumpir sus señales con una voz ruda, replicó abruptamente al caballero que se retiraba. (Que podía haber sido su padre perfectamente, teniendo en cuenta la diferencia de edad, y excluyendo la diferencia de estatura, que no favorecía al viejo). El policía lo alejó con una palabra dura, y se volvió para continuar en su trabajo y soplar su pito.

La actitud del policía me chocó. En todo caso, era su deber ser cortés con el público (seguramente estaba incorporado en el reglamento). Cuando vea a su jefe, el arquitecto le recordaré de hablarle acerca de eso. Me dije a mí mismo. En lo que a nosotros respecta somos todos demasiado corteses, demasiado tímidos con la policía. Los hemos animado a que continúen en sus malos hábitos, y es básicamente culpa nuestra. Un segundo policía, tan grande como el primero se acercó y se paró junto a mí en la acera. Estaba visiblemente disgustado con el tranque, cosa por lo cual, tenemos que admitirlo, tenía todo el derecho para estar disgustado. No necesitando de escalones para subir desde la acera a la calle estaba muy cerca del camión lleno de soldados. A pesar de que sus pies estaban al mismo nivel que los míos, su cabeza está un poco más alta que las cabezas de los soldados. Acusándolos de detener el tráfico amonestó duramente a los soldados que realmente no tenían la culpa, y menos que todos el joven con el ramo de claveles rojos. «No tienes nada más que hacer que divertirte con eso?», le preguntó.

«Yo no estoy haciendo nada malo, señor policía», replicó muy gentilmente el soldado con una voz tímida. Esto no está deteniendo al camión.

«Insolente, está ahogando el motor», gritó el policía, dándole una bofetada al soldado, que no dijo nada. Entonces el policía le arrancó las flores y las tiró. Las flores desaparecieron.

Yo estaba personalmente ultrajado por esta conducta. Creo firmemente que no hay esperanzas para un país en el cual la policía tiene la supremacía sobre el ejército.

«Por qué se mete usted en esto, no le importa», dijo él volviéndose hacia mí.

Yo no había expresado mis pensamientos en voz alta, probablemente eran fáciles de adivinar.

«En primer lugar, qué hace usted aquí?».

Aproveché esta pregunta y la utilicé como excusa para explicar mi caso, posiblemente pedir consejo y hasta ayuda.

«Tengo toda la evidencia», dije «y ahora el asesino puede ser arrestado. Tengo que apurarme para llegar a la prefectura. No es muy lejos de aquí: ¿Puede ir usted conmigo? Soy amigo del Comisionado, del arquitecto».

«Ese no es mi departamento. Yo estoy en control de tráfico».

«Sí pero...

«Eso no es parte de mi trabajo, no comprende. Su cuento no me interesa. Ya que usted conoce al Jefe vaya a verlo y váyase de aquí. Usted conoce el camino, vamos, nada lo detiene».

«Está bien señor policía», dije tan cortesmente como el soldado a pesar mío. «Muy bien señor policía».

El policía se volvió hacia su colega que estaba parado junto al árbol y dijo con áspera ironía: «Deje pasar al caballero».

Este hombre cuya cara podía ver entre las ramas me dió la señal de avance. Cuando pasaba junto a él me gritó con furia. «Lo odio». Aunque por supuesto yo tenía más razón que él para decir eso.

Me encontré sólo en el centro de la calle. Los camiones estaban lejos de mí. Me apresuré y caminé derecho a la prefectura. La noche caía rápidamente, el viento del norte era helado y yo estaba preocupado. ¿Llegaría a tiempo Edouard? Y estaba furioso con la policía. Esas gentes no sirven para nada que no sea molestar, enseñarnos buenos modales, pero cuando realmente necesitamos de ellos, cuando es asunto de defendernos, entonces es el caso de «díganselo a la Marina». Siempre nos fallan.

A mi izquierda no había más casas. Solamente había grises campos a los lados de la carretera. Parecía no haber fin a esta ruta y avenida con sus rieles de tranvías. Yo caminaba y caminaba: «Si no llegara tarde, si no llegara tarde», pensaba.

Abruptamente surgió frente a mí. No había duda de ello: era el asesino. Alrededor de nosotros no existían más que los campos grises. El viento envolvía una vieja hoja de periódico alrededor del tronco de un árbol. Tras el hombre, a una distancia de varios cientos de yardas, el edificio de la prefectura, no lejos de la parada de tranvías. Podía ver algunas personas bajando del tranvía. Ninguna ayuda era de esperar, estaban muy lejos. No podrían oirme.

Me detuve sobre mis pasos. «Estos malditos policías», pensé. «Me han dejado sólo con él a propósito». «Ellos quieren que la gente piense que es una pelea personal».

Estábamos cara a cara, a dos pasos. Lo miré en silencio. El me miró y casi se reía.

Era un hombre de edad media, flaco, corto de estatura, y mal afeitado. Parecía ser más débil que yo. Estaba vistiendo un sucio abrigo de gabardina, roto en los bolsillos y algunos de sus dedos se aparecían por las aberturas de sus zapatos rotos. Tenía una mano en un bolsillo y con la otra apretaba un cuchillo con una larga hoja reluciente. Me miró con un solo ojo gélido hecho del mismo material y teniendo el mismo resplandor del cuchillo.

Nunca había vsito una expresión tan cruel, tan dura y ¿por qué? Un ojo implacable, el de un reptil, o de un tigre, un asesino. Ni una palabra, amable o autorativa, ni una razón sería efectiva para persuadirlo. Ninguna promesa de felicidad, de amor en el mundo, sería capaz de tocarlo. Tampoco podía la belleza causar que cediera, ni la ironía avergonzarlo, ni todos los sabios del mundo convencerlo de la vanidad del crimen que es tan vano como la caridad.

Las lágrimas de los santos pudieran haber caído de sus ojos sin párpados, y en silencio, por dos segundos: sostuve las pistolas que había sacado de mis bolsillos y que lo apuntaban. Las bajé y después mis brazos cayeron. Me sentí desarmado y desesperado. ¿Qué podrían las balas hacer contra el odio frío y la obstinación, contra la infinita energía de su crueldad absoluta, sin razón y sin piedad?

Versión de H. P.

